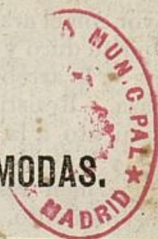


# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

## ESTUDIOS HISTORICOS.

EL CARDENAL JIMENEZ DE CISNEROS,

REGENTE DE CASTILLA.

### ARTICULO II.

Patria de Cisneros.—Sus padres.—Su carrera.—Abraza el sacerdocio.—Su viaje á Roma.—La bula especulativa y el arzobispo Carrillo de Acuña.—Prision de Uceda.—Protégelo don Pedro Gonzalez de Mendoza.—Toma el hábito de franciscano.—Su dignidad en la órden.—Es nombrado confesor de Isabel I.—Conquista de Granada.—Elévanle los reyes católicos á la silla de Toledo.—Su evangélico celo para restablecer las buenas costumbres.—Su severidad.—Su intervencion en la conversion de los moriscos, y mal efecto de su excesivo celo.—El colegio de San Ildefonso y la Biblia complutense.—Su regencia.—Conquista de Oran.—Previene el hambre de Castilla.—Envídanle los magnates flamencos.—Venida de Don Carlos de Austria.—Su ingratitud.—Muerte de Cisneros.

El hombre extraordinario, que como hemos notado en el artículo anterior, tanta influencia tuvo en la suerte de España, decidiendo de la ruina del feudalismo y confundiendo para siempre el orgullo de la nobleza castellana, nació en Torrelaguna en 1437. Fueron sus padres, Alonso Jimenez de Cisneros y Mariana Jimenez de la Torre, descendiente el primero de una noble familia de la villa de Cisneros, y procurador de Torrelaguna.—La envidia y el resentimiento de los magnates, á quienes el cardenal habia hecho entrar en razon durante el tiempo de su gobierno, echábanle en cara la humildad de su nacimiento; pero no repararon en que si carecia Cisneros de la nobleza de la sangre, bastáranle sus grandes acciones para ilustrarle, así como son para su posteridad brillantes títulos de gloria.

La pobreza de sus padres y su natural inclinacion, obligáronle á seguir la carrera ecle-

siástica.—Inscrito en las aulas de la universidad de Salamanca, emporio á la sazón de las letras, manifestó desde luego tan claro talento y severidad tan señalada en sus juicios, que no pudo menos de atraer sobre sí la admiracion general, descubriendo al par cierta superioridad de carácter que le conquistaba el respeto de sus compañeros. Estudió la filosofía que entonces se enseñaba, prosiguiendo después sus lecciones en teología y derecho civil y canónico bajo la direccion del célebre maestro Roa; y aplicóse entre tanto al conocimiento de las lenguas orientales, desplegando inteligencia extraordinaria en todos estos estudios.—Tomó al cabo las órdenes del sacerdocio, no con poco trabajo por parte de su pobre familia, para la cual era un verdadero sacrificio cualquier gasto que su carrera ocasionaba; y resuelto á probar fortuna, se encaminó á la corte romana, teniéndola tan fatal en su viaje, que fué robado dos veces, y se hubiera visto precisado á renunciar á sus proyectos y esperanzas, á no haberle socorrido un antiguo discípulo suyo que se dirigia tambien á Italia.—Llegó por fin á Roma, en donde recibió la honrosa comision de defender ciertos derechos del clero español, que se ponian en tela de juicio: su erudicion, su sagacidad y su elocuencia, desplegadas en defensa de intereses patrios, le grangearon la estimacion de la corte, y muy en breve la amistad de Sixto IV, quien deseando honrarle y prevenir su pobreza, le dió una *bula expectativa*, por la cual tenia opcion á cualquier beneficio que en el arzobispado de Toledo quedara vacante.

Recibió en este tiempo Cisneros la noticia de la muerte de su buen padre, y corrió á España para enjugar las lágrimas de su tierna madre, y para atender á la educacion de sus hermanos, cuya corta edad habia menester de los mayores cuidados.—Armado de su bula, esperaba ansioso que resultase alguna vacante, cuando su buena ó mala suerte le deparó el

JULIO.

52



archiprestazgo de Uceda, prebenda codiciada por otros sacerdotes que alcanzaban grande favor con el arzobispo D. Alonso Carrillo, cuyo espíritu duro y violento no podía ver tranquilo que se le arrebatase la provision de semejante plaza.—Resistióse pues el prelado á dar cumplimiento á la bula pontificia: insistió Cisneros, y hubo de ceder al cabo D. Alonso Carrillo, si bien resuelto á tomar venganza de su nuevo súbdito, que otro crimen no tenía mas que anhelar vivamente por aquel medio mejorar la triste situacion de su familia.—Poco tiempo poseyó el archipreste su prebenda: el odio del arzobispo le sepultó en una torre del mismo Uceda, donde hubiera permanecido eternamente, si no renunciara aquel fatal beneficio, que le habia hecho concebir gratas esperanzas, por tener en su jurisdiccion á su pueblo nativo; no perdiendo así de vista á sus desgraciados hermanos.—Cuéntase por los cronistas del cardenal, que hallándose este en la prision muy afligido, y notándolo otro sacerdote, víctima tambien de la saña del orgulloso Carrillo, trató de consolarle prediciéndole con el ejemplo no muy distante de don Juan de Cerezuela, hermano bastardo de don Alvaro de Luna, que saldria tal vez del encierro para ocupar un puesto señalado en la república eclesiástica, prediccion que oyó Cisneros con la mayor indiferencia, y que no podria menos de recordar cuando gobernaba la iglesia toledana.

Libre ya de la persecucion del inquieto metropolitano y llamado por don Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Sigüenza, á quien habia interesado vivamente su desgracia, pasó Cisneros á aquella ciudad para encargarse de la vicaría general del obispado, si bien llevando en su pecho el amargo disgusto de las cosas del mundo.—Mendoza, cuyo gran talento y magnánimo corazon eran capaces de comprender el amargo sentimiento que aquejaba á Cisneros, procuró restituírle la calma: en los diálogos que con él sostuvo, descubrió aquella alma grande y de tan sublime temple, que habia de admirar despues á la nacion entera, y aquella voluntad firme que era imposible de torcer, tomada ya una resolucion á la cual hubiera precedido maduro juicio.—Cisneros habia encontrado tambien en Gonzalez de Mendoza un grande hombre: ambos estaban llamados á regir los destinos de la monarquía que á la sazón se creaba; ambos debian á su patria inmensos sacrificios.—Cisneros, sin embargo, era mas jóven: habia sido blanco de una venganza inmerecida: deseoso de aliviar la suerte de su madre y de sus hermanos, solo habia recogido desengaños en

cambio de sus doradas ilusiones; Cisneros concibió una aversion terrible hácia cuanto le rodeaba, y resolvió finalmente abrazar la vida monástica. Cedió con este propósito todos sus beneficios á uno de sus hermanos, y tomó el hábito de San Francisco en San Juan de los Reyes de Toledo el año de 1477; época en que contaba ya cuarenta de edad, siendo el primer novicio que tuvo aquel convento, levantado por la piedad de los reyes Católicos.

La severidad de su carácter y el disgusto que anidaba en su pecho, le hicieron distinguirse muy pronto, en medio del claustro, por una austeridad de costumbres extraordinaria y una devocion profunda, si bien su espíritu firme no cayó en el sombrío fanatismo que caracterizaba entonces la vida monástica.—Reconocidas sus relevantes prendas por los religiosos de su órden, y llegado el tiempo de nombrar provincial de Castilla, no vacilaron en dar á Cisneros tan honroso oficio, que fué aceptado por él sin muestra alguna de repugnancia.—El primer deber de su nuevo cargo consistia en visitar toda la provincia, para poner enmienda en los abusos que hubieran podido introducirse en la observancia de la regla; fray Francisco Jimenez de Cisneros comenzó esta tarea con tanto celo, que andando siempre á pié y haciendo jornadas demasiado largas con pocos alimentos, llegó á poner en grande apuro al socio y al lego que le acompañaban, los cuales protestaron contra aquel género de vida, asegurándole que, si no se relajaba algun tanto su rígida observancia, vendrian los tres á morir de hambre y de cansancio en mitad del camino.—El severo provincial oyó con disgusto las reclamaciones de sus compañeros, y continuó su visita, sin hacer la mas leve alteracion en el plan que se habia propuesto seguir en ella.

Contábase el año de 1482, cuando fué elegido arzobispo de Toledo, don Pedro Gonzalez de Mendoza, cuya influencia en el reino y cuyo estremado valor habia asegurado la corona de Castilla en las sienes de Isabel I.—Recordando este ilustre prelado las virtudes y el gran talento de Cisneros, cuya separacion lloró entrañablemente, y gozando de prestigio sin límites en el ánimo de la inmortal Isabel, creyó cumplir con un deber de conciencia, recomendándole el sabio y virtuoso provincial de Castilla, é indicándole que nadie mejor que él podia desempeñar el ministerio de su confesonario.—Oyó la reina con singular placer el consejo del arzobispo, noticiosa ya de las señaladas virtudes y del saber profundo de Cisneros, y llamóle inmediatamente á su lado, colmándole de distinciones y mercedes



—Aquella gran princesa, que Dios había puesto en el trono de Castilla para curar todas las llagas de la patria, para restablecer el orden en la monarquía y estender los límites del imperio cristiano, no tardó en reconocer por sí el mérito de Cisneros, poniendo en él toda su confianza.—La esclarecida reina, que tan animosa se había mostrado en mitad de los peligros de la guerra, como discreta en los consejos de la paz, sometió desde aquellos momentos al de su confesor todos los asuntos mas importantes del Estado, antes de consultarlos con su esposo, obteniendo siempre las mas satisfactorias soluciones.—La política de Mendoza, manifestada en las Cortes de Toledo, al examinar las mercedes enriqueñas, política desplegada desde su advenimiento al trono por Isabel y Fernando, había comenzado á fracasar venturosamente.—Cisneros que abrigaba secreto odio á los desafueros y escándalos cometidos por aquellos (escándalos en que había tenido gran parte su perseguidor don Alonso Carrillo), no pudo menos de comprender la importancia de esta idea, cuyo total desarrollo le estaba encomendado por la Providencia.

La conquista de Granada, que llamó tan vivamente la atención de todas las provincias cristianas, sirviendo al mismo tiempo de estímulo para acallar todas las pasiones bastardas y exaltar el entusiasmo religioso, fué una larga tregua asentada entre el trono y sus naturales enemigos de la cual no pudo menos de salir aquel fortalecido, mientras estos cooperaban, sin imaginarlo, á destruir su preponderancia.—El gran cardenal de España y el confesor de la reina siguieron los reales de Fernando V, durante aquella larga y gloriosa lucha.—Las plazas de Málaga, Loja, Guadix, Almería, Alhama y otras muchas, vieron llenas de espanto volar las cruces de Mendoza en medio de los campamentos que los asediaban: el confesor de Isabel siempre á su lado, siempre dispuesto á ejecutar sus mandatos y á prestarle saludables consejos, prevenia las necesidades de aquel valeroso ejército, que para valernos del dicho de un historiador, "arrancaba uno á uno los granos de aquella rica Granada." Cayó finalmente la perla del Mediodía bajo el imperio castellano, y volaron las enseñas de Cristo donde se ostentaban en otro tiempo poderosos y temibles los rojos pendones de los Alhamares: los consejos de Mendoza y de Cisneros determinaron á los Reyes Católicos á permanecer por algun tiempo en la nueva capital, y á establecer en ella numerosa corte: medios con que se proponían quitar á los vencidos musulmanes toda ocasion de revueltas, acostumbándolos al mismo tiem-

po á la obediencia y deslumbrándolos con la grandeza de la corte castellana.

Tres años había que el reino de Granada formaba parte del castellano, cuando el 11 de enero de 1495 pasó de esta vida el gran cardenal Mendoza, que adivinando el fin de sus dias se había retirado á Guadalajara, á donde fueron á visitarlo y á presenciar su muerte los reyes Católicos. Al espirar aquel grande hombre, á quien no abandonaron en los últimos momentos la serenidad evangélica ni el tranquilo valor que le habían caracterizado siempre, rogó á Isabel y á Fernando que nombrasen por arzobispo de Toledo "un sugeto de gran virtud y de mediana esfera, para evitar los trastornos promovidos por el revoltoso don Alonso Carrillo, que en la silla primada le había precedido."—La grandeza de aquella dignidad y su influencia en el reino habían llegado en efecto á ser de tal importancia, que el voto del arzobispo de Toledo era bastante para inclinar la balanza en los mas áridos asuntos.—La reina Isabel, conocedora del valor de las palabras de Mendoza, y estimando en su justo precio las virtudes de Cisneros, no pudo menos de fijar su vista en el humilde religioso de Torrelaguna para exaltarlo á la primera silla de la Iglesia española.—Venció no sin algun trabajo la repugnancia de Fernando que pensaba darla á un bastardo suyo; y sin que su confesor se apercibiese de ello, impetró de Alejandro VI, que regia á la sazón la Iglesia católica, cierta bula que imponía á Cisneros la obligacion de aceptar el arzobispado vacante por la muerte de Mendoza.—La resistencia del antiguo vicario de Sigüenza no pudo ser mas digna ni aparecer mas justificada: la perseverancia de la reina Isabel triunfó al cabo, tomando posesion en 1496 de la iglesia toledana, el mismo hombre que había sufrido enconada persecucion por haber obtenido el cumplimiento de otra bula que cercenaba en parte los derechos de aquella mitra.—La prediccion del sacerdote preso en la torre de Uceda se había cumplido.

Encamináronse los primeros pasos de Cisneros, al asentarse en la silla de los Eugénios é Ildefonsos, á prevenir las necesidades de sus administrados; visitar las iglesias y los hospitales; purgar su diócesis de usureros y de gente de mala vida; proveer los juzgados en personas de conocidas virtudes, probidad y desinterés; dar nuevas constituciones al clero, por medio de concilios sinodales celebrados en Alcalá y en Talavera; y reformar por último la regla de los observantes, en cuyas empresas halló no poca animadversión y resistencia..... hé aquí los asuntos que llamaron directamen-



te la atencion del antiguo provincial de Castilla. La misma austeridad de costumbres que habia mostrado durante el tiempo de su vida monástica, la misma severidad de principios que le animó desde sus primeros años, manifestó Cisneros en su elevacion inesperada.

(Se continuará.)

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

## ALBUM DE MIS RECUERDOS,

POR LA SEÑORA

DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

PAGINA SEGUNDA.

### DEL MUNDO AL CIELO.

Quedad con Dios los que vayais perdidos  
Del ancho mundo por la incierta via,  
Que ahuyentando el sopor de mis sentidos,  
Se eleva el sol y con su luz me guia.

Quedad con Dios y perdonad, pastores,  
Si alguna vez, se liento peregrino,  
Os agoté, calmando mis ardores,  
La pura fuente del erial camino.

Dadme el perdon si en su cristal un loso  
Templé del sol las estivales llamas  
O si en el puerto del laurel frondoso,  
Para abrigarme desgajé unas ramas!

(RAMON DE CAMPOAMOR.—*La Confesion.*)

#### I.

La servidumbre de mi abuela constaba, como ya dije, de Cayetana su doncella, de María su cocinera, y de la tia Antonia, que no tenia quehacer alguno señalado, y que empleaba el tiempo en censurar cuanto se hacia en la casa y en regañar á todos sin esceptuarme ni aun á mí, á pesar de conocer mejor que nadie la idolatría que su señora me profesaba.

La tia Antonia era una viejecita pequeña, muy delgada y de facciones diminutas: sus cabellos, blancos como plata, habian sido rubios segun ella aseguraba; sus ojos hundidos conservaban un matiz azul, que hubiera sido agradable aun á no tener cierta espresion humana muy en armonía con su carácter.

Vestia siempre igual, pues aunque mi buena mamá cuidaba constantemente de que tuviese un equipage regular, la tia Antonia jamás variaba la forma ni el color de su traje.

Componíase este de una basquiña azul, de un jubon de terciopelo negro y de un pañuelo

blanco en el cuello, que prendia con cierta coquetería en su cintura, ajustada y esbelta como la de una jóven de veinte años.

Un collar de ámbar, engarzado en plata adornaba su cuello y hacia juego con unos enormes zarcillos, formados por una gruesa bola de ámbar con remate de plata tambien.

Jamás llevaba nada en la cabeza: sus espesos cabellos blancos, recogidos hácia atrás, descubrían su estrecha frente y formaban un hermoso moño llamado de *picaporte*.

Llevaba siempre medias azules y zapatos escotados de cordoban negro, que ella tenia especial cuidado de lustrar todos los dias.

En sus alimentos era igualmente metódica: tomaba una taza de chocolate con un bollo á las siete de la mañana; á las diez una sopa y dos huevos cocidos: á las dos comia otra sopa de jamon y gallina, y un buen plato de carne que remojaba con su correspondiente vasito de vino; á las cinco de la tarde tomaba otra vez chocolate, y á las diez de la noche repetía su sopa y sus huevos.

Todo cuanto comia lo guisaba María con tanto esmero como la comida de mi abuelita, pues esta tenia espresamente mandado que se cuidase á la tia Antonia con preferencia á sí propia: servíanla á las horas convenidas en una mesita colocada junto al fuego en el invierno y en un corredor, que daba al jardín, en el verano.

Su cuarto, situado en el segundo piso, era una linda y limpia celda: estaba blanqueado y no tenia alcoba: frente de la puerta se veía el lecho con sábanas de lino blanquísimo, guarnecidas de estrechos y anticuados faraláes: las almohadas eran iguales y el cobertor era de indiana amarilla con flores rosadas.

En la cabecera habia un crucifijo y una pillilla de agua bendita de loza blanca.

Junto al lecho estaba un gran arcon de encina que la servia de guardarropa.

Al lado de la ventana, cuyos cristales velaban limpias cortinillas de lino, se veía una mesita cubierta de un tapete de percal blanco festoneado con primor; y sobre ella se alzaba una Virgen de los Dolores, casi del tamaño natural, vestida de una túnica blanca y medio envuelta con un manto negro.

Aquella imágen era muy bella: habíala regalado á la tia Antonia la hermana mas jóven de mi abuela, prelada á la sazón del convento de canonesas del Santo Sepulcro, y la misma á cuya proteccion quedó encomendada Carlota. La hermosa escultura estaba colocada debajo de un dosel de muselina blanca, de cuyos lados caían dos anchas cortinas que la ve-



laban con una especie de pudor casto y respetuoso.

Al otro lado de la ventana habia un armario de nogal y, sobre él, un espejo y una caja que contenia los peines que usaba la tia Antonia.

Cuatro sillas verdes, una mas baja para hacer labor y una aljofaina de loza blanca, colocada en un pié de madera de igual color que las sillas, acababan de amueblar el cuarto de la tia Antonia, cuyo suelo se veia cubierto por una estera de pleita en invierno y de paja en verano.

Mi abuela prevenia todas sus necesidades y aun todos sus caprichos con aquella esquisita bondad de que aun no he hallado un ejemplo sobre la tierra.

En el antepecho de la ventana habia colocado la tia Antonia dos macetitas de barro: la de la derecha contenia una enorme mata de judías; la de la izquierda otra de maiz.

Aquellas dos humildes plantas eran los objetos predilectos de la tia Antonia: resguardábalas esta por la noche de las heladas poniéndolas gorros de papel, y apenas el sol empezaba á calentar ponía una cortina en la ventana para que sus ardores no las dañasen.

Las plantas, por su parte, pagaban á la tia Antonia sus cuidados, porque estaban tan verdes y pomposas que daba placer verlas.

La tia Antonia era constante en todos sus gustos: cada primavera sembraba en sus macetas un grano de maiz y una judía, cuyas simientes nacian pronto, crecian rápidamente y daban al cuarto de la anciana una cortina de verdor durante el estío.

Mi abuela amaba en extremo á la tia Antonia y era amada de ella con la mayor ternura; habia entrado á servirla á los quince años de su edad y cuando mi abuela apenas contaba cinco; y siempre habia reinado entre la criada y la señora una especie de cariño tiernísimo y de confianza afectuosa.

No obstante, el genio de la tia Antonia era tan irascible como bondadoso el de mi abuela, y aquella abusaba no pocas veces de la paciencia de su señora.

## II.

Por las noches y no bien se encendian las luces se reunian en el comedor Cayetana, María y la tia Antonia; las dos primeras cosían ó hacían calceta: la tercera tomaba su rueca y se ponía á elaborar el finísimo hilo que se destinaba únicamente á tejer las medias que usaba su señora.

No obstante, aunque por su propio gusto

habia tomado esta ocupacion, y aunque no hubiese tolerado que se comprase una hebra de hilo para aquel uso, solo cuando queria trabajaba en su labor favorita.

La noche que no tomaba la rueca contaba lindas historias á las dos muchachas, ó las referia su vida, que ya habian escuchado cien veces, pero que nunca se cansaban de oír.

Sin embargo, su condescendencia era algo egoísta; á ambas convenia tener contenta á la tia Antonia, pues si no hubieran contemporizado con ella, sabian muy bien que debian, por este solo hecho, considerarse despedidas de tan buena casa.

La tia Antonia era además la encargada de pagarlas sus salarios á cuenta de los cuales no tenia inconveniente en adelantarlas algunas cantidades cuando se portaban bien con ella.

A la verdad, jamás se portaban mal las dos muchachas, pues eran de la mejor pasta del mundo.

Cayetana, alta, esbelta y morena, no tenia mas anhelo que servir á su señora, cuidar de mí, y engalanarse todos los días despues de concluir sus quehaceres.

Vestia bien y con esa elegancia sencilla que caracteriza á la mayor parte de las hijas del pueblo.

Llevaba en invierno un vestido de lanilla oscuro, cerrado y con un cuellecito liso vuelto sobre él; sus mangas, lisas tambien, eran de una blancura deslumbradora, y un gracioso delantalillo de tafetan negro guarnecido de encaje completaba su adorno.

Su traje de verano no era menos sencillo y lindo; cambiaba su vestido de lana por otro de chaconada rosa ó anaranjada, que cuadraba deliciosamente con su tez morena, con sus negros cabellos recogidos en gruesas trenzas, y con sus ojos oscuros, grandes y cariñosos.

Cayetana contaba veinte años y hacia cuatro que habia entrado á servir á mi abuela, recomendada por la tia Antonia: esta que, como ya he dicho, era muy regañona, mostraba por Cayetana la mas tierna solicitud, pues habia sido su madrina y habia cuidado siempre de ella, porque la pobre Cayetana quedó huérfana de padre y madre apenas cumplió los dos años de su edad.

La muestra mas ostensible del cariño que la anciana profesaba á su ahijada, era una afición tan desmedida á regañarla, que no la dejaba nunca en paz.

La tia Antonia se levantaba en todo tiempo con el alba y su primer cuidado era el ir á llamar quedito á la puerta del cuarto de Cayetana, que dormia en uno inmediato á la al-



coba de mi abuela: así que la joven salía de su cuarto empezaba por acusarla de perezosa aunque se hubiese vestido con la mayor prontitud; en seguida pasaban ambas al comedor y se sentaban en dos sillas bajas junto al balcón, rezando la anciana las devociones de la mañana y contestando su ahijada en tanto que bordaba ó cosía. A las siete las daba María el chocolate, y despues de tomarlo, la tia Antonia subía á arreglar su cuarto y á hacer su tocador, cuyas atenciones la ocupaban hasta las diez de la mañana.

Cuando bajaba ya estaba mi abuela en mi sala y Cayetana y María ocupadas en la limpieza de la casa, que se terminaba bajo la inspeccion de la tia Antonia.

Luego que Cayetana entraba á su cuarto á peinarse y vestirse, su anciana madrina comenzaba la letanía de sus reniegos.

—Vamos, muchacha, la decia: hace dos horas que te estás peinando, y no sé cuando concluirás de bordar las camisas de la señora.

—¡Pero, madrina, si no he tenido tiempo de recogerme el pelo! contestaba la voz dulce de Cayetana.

—Vamos, digo, y no me hagas incomodar!

Cayetana enlazaba de prisa sus hermosos cabellos y se vestia con mas precipitacion todavia sin que por esto dejase de regañar la tia Antonia, que no estaba tranquila hasta verla con el bordado en la mano.

El resto de la mañana se lo pasaba la tia Antonia dando vueltas por la casa, y regañando conmigo, á pesar de que me queria en extremo.

La incomodaba el que yo jugase, el oirme cantar, el oirme pedir agua ó pan y hasta el verme andar; pero solo manifestaba la irascibilidad de su carácter lejos de mi abuelita, pues en su presencia no se hubiera atrevido á dar á entender, ni del modo mas indirecto, que yo la incomodaba.

Despues de comer, que era á las dos en todo tiempo, se iba á vísperas á la iglesia de S. Miguel, que estaba situada entre la casa de mis padres y la de mi abuela, y muy cerca de ambas, y luego rezaba las cuarenta horas en la iglesia donde estuviesen, aunque esta se hallase á larga distancia.

La anciana no cambiaba de trage para salir; únicamente reemplazaba su basquiña de cotonía azul por otra flamante, y su pañuelo blanco por otro recién aplanchado, cubriendo sus plateados cabellos con una mantilla redonda de merino y terciopelo.

Al volver tomaba su chocolate y despues pasábamos en familia el rosario que llevaba

mi abuela, contestando los demás con un murmullo dulce é igual.

Terminado el rosario me iba yo con María y Cayetana, y mi abuela se retiraba á su gabinete, en el cual rezaba durante una hora por el alma de su esposo y por la felicidad de sus hijos.

La tia Antonia se dirigia al jardin á fin de dar un vistazo al cuadro de perifollo, yerba buena y peregil, de que cuidaba con particular esmero, y de coger por su propia mano el que hiciese falta para los guisados.

El jardinillo era un verdadero vergel: diez árboles frutales, seis ú ocho parras y algunos cuadros de flores, era todo lo que contenia: las vides subian hasta los balcones, en los cuales y enramándose en algunos listones verdes y delgados, formaban agradables cortinas de verdor enriquecidas con dorados racimos.

Por en medio del jardin pasaba un hilo de agua cristalina. La ciudad de Zaragoza, rodeada de rios, tiene un arroyo riente y puro para cada uno de los jardinillos de sus casas, á pesar de ser estos tan numerosos como las casas mismas.

¡Ah! Cuán hermoso y apacible vive en mi alma el recuerdo de la casita de mi abuela con su sencillo mueblage, su alegre jardin y sus balcones entoldados de verdor!

¡Cuán presentes están en mi memoria las figuras de mi buena madre y de las tres excelentes criaturas que la rodeaban y la amaban con tan tierna solicitud!

¡Feliz quien como yo, puede volver sus ojos á los dias tranquilos de su inocente infancia para encontrar ejemplos que le alienten en el camino de la virtud!

Aquellos dias pasados entre un trabajo placido y tranquilo, entre oraciones puras y sinceras, entre la constante y dulce alegría que emana de una vida irrepreensible, aquellos dias suaves é iguales todos como las perlas de un mismo collar, no se borrarán jamás de mi memoria!

Es verdad que de aquellos cuatro seres solo uno existe; pero este es feliz porque sigue siendo bueno; los otros estoy segura de que son dichosos tambien, porque al dejar este mundo, encontraron su gloria junto al trono de Dios.

### III.

Desde la salida de mi pobre Carlota para el convento del Santo Sepulcro, habia yo vuelto á quedar triste, inapetente, y pasivamente silenciosa: únicamente el estudio de la música me distraía, pues, aunque tambien tenia afi-



cion al bordado, este me cansaba muy pronto.

Seguia asistiendo al colegio sin placer ni disgusto; no bien entraba en él ocupaba mi asiento y no hablaba una palabra hasta que Cayetana iba á buscarme.

Ninguna de mis compañeras llamaba mi atencion, aunque yo escitaba la de todas por la variedad y gusto de mis trages.

Un dia vino Cayetana á buscarme con el semblante muy alegre, cuya circunstancia me llamó la atencion, pues Cayetana no era risueña, á pesar de tener un carácter apacible é igual.

Al volver á casa y cuidando primero de saber si la tia Antonia habia salido á sus rezos, entró en su cuarto, me llamó, me dió algunos dulces y se puso á escribir una carta en papel de color de rosa.

Poco despues entró María; se sentó junto á la mesa y me acomodó en su falda, al ver que estaba yo de pié, callando, y sin comer los dulces que tenia en la mano.

Contaba yo entonces cinco años menos dos meses; pero mi carácter melancólico y silencioso hacia que tuviese mucha mas penetracion que la que comunmente tienen los niños de esta edad; sin ningun objeto en que entretenerme, fijé la atencion en la conversacion de las dos jóvenes, de la que solo comprendí el sentido cuando la traje á mi memoria algun tiempo despues.

—Y dónde has conocido á ese señor? preguntó María con acento de alegre y benigna burla.

—Le ví en misa hará tres semanas, contestó Cayetana, y al salir, se vino detrás de mí: desde entonces no ha cesado de pasearse por aquí, y ayer me dió una carta cuando fuí á llevar á la niña al colegio.

—Y le contestas?

—Sí.... por qué no he de contestarle?

—Porque no debes hacerlo: sabe Dios quien será! dijo María con acento severo.

—Es un médico; yo sé bien lo que hago; repuso algo incomodada Cayetana.

—Y crees tú que un médico se casará contigo? continuó María: sí! del mismo modo que se hubiera casado conmigo el señorito aquel que empezó á galantearme cuando iba contigo á paseo los Domingos: mira, Cayetana; ni tú ni yo tenemos padre ni madre; pero tú tienes á tu madrina que te quiere mucho.

—Es verdad.

—Pues bien; cuéntala lo que te pasa, que ella te aconsejará; si á tí te dá vergüenza yo se lo diré.

—No! no! exclamó Cayetana con terror: si mi madrina lo sabe no me dejará volver á

salir de casa, y no podré ver á Luis: no, no se lo digas por Dios!

—Por qué no? cuando Andrés mi novio, me dijo que me queria, se lo confió á tu madrina, y bien sabes que me aconsejó que no le despidiese; casi por sus amonestaciones sigo mis relaciones con él, pues yo no deseaba entonces ni ahora tenerlas con nadie.

—Ya lo pensaré.... déjame ahora, dijo Cayetana volviendo á tomar la pluma.

—¡Ya lo he pensado yo por tí, mala cabeza! gritó á este tiempo la voz de la tia Antonia con un timbre mucho mas agrio del que acostumbraba; ya lo he pensado yo, sí señora! continuó: esta misma tarde vas á ir á casa de mi hermano Benito el arrendador, dond te cuidarán de modo que no te vea tu galan!

La tia Antonia hablaba tan fuerte, que mi abuela, no obstante estar acostumbrada á sus gritos, entró en el cuarto de Cayetana para informarse de la causa de semejante alboroto.

La tia Antonia con las mejillas animadas, los ojos brillantes y la voz ronca por los esfuerzos que hacia para gritar, estaba en medio del cuarto, mientras Cayetana, que habia soltado la pluma, permanecia confundida.

—Qué sucede? preguntó mi abuela.

—Sucede, señora, exclamó la anciana, sucede que mi alijada se está dejando galantear por un caballero, al cual estaba escribiendo una carta: sucede que la voy á llevar esta misma tarde á la hacienda de mi hermano Benito, para que la ponga donde no la dé el sol.

—Poco á poco, dijo mi abuela, poco á poco. Cayetana no ira á la heredad de Benito porque hace falta aquí para mi servicio. Ven á vestirme, Cayetana, porque esta tarde vamos á dar un paseo con la niña.

Mi abuela salió conmigo y la aturdida joven nos siguió á su tocador.

—¿Es verdad lo que ha dicho tu madrina? preguntó mi abuela á su camarera con alguna severidad.

—Sí..... señora.... contestó esta confusa y vertiendo algunas lágrimas.

—Vamos, no hay que llorar, continuó mi abuela, empleando ya el acento natural y lleno de dulzura de su voz: no hay que llorar; voy á escribir yo misma á ese joven, y si es verdad que te ama, todo se arreglará. ¿No dices tú que es médico?

—Sí, señora, contestó la afligida muchacha; pero todavía no tiene el título y asiste á la universidad.

—Tanto mejor, observó mi abuela: tanto mejor, y sentándose delante de su mesa preparó papel y tomó una pluma; no obstante, al



ir á empezar su carta, se volvió de nuevo á Cayetana y la dijo con dulzura.

—Necesito, hija mia, que me espliques tus relaciones con ese jóven. ¿Te ha dado alguna cita en paseo ó iglesia? ¿Has acudido á ellas? ¿Dónde os habeis visto? ¿Cómo os habeis conocido?

—Le ví, señora, hará unos veinte dias en misa, me siguió, y luego siempre que he abierto algun balcon le he visto parado en frente de la casa, ó paseando por la calle, pero sin afectacion alguna y como si pasase por casualidad: ayer, al llevar á la niña al colegio, pasó junto á mí y me puso una carta en la mano.

—Es preciso que yo vea esa carta, dijo mi abuela; dámela.

—La he roto, señora, de miedo de que la viese mi madrina?

—¿No recuerdas lo que te decía en ella?

—Sí, señora: me decía que se habia enamorado de mí, y que le señalase un sitio donde pudiese hablarme.

Mi abuela meditó durante algunos momentos, que fueron para la pobre jóven otros tantos siglos de ansiedad: aquella escelente señora era por lo menos tan respetada como querida, pues su ejemplar virtud, á mas de ser tan suave y atractiva, la rodeaba de una aureola de santidad.

Dejó por fin su asiento; encargó á Cayetana que cuidase de mí, y salió sola y á pié.

La misma Cayetana me ha referido despues lo que sucedió, por lo cual puedo yo referirlo ahora á mis lectores.

Mi buena madre se dirigió á casa de su mas íntima amiga, viuda de un Consejero Real y que tenia un nieto que estudiaba medicina.

Su designio era informarse de este jóven acerca del amante de su camarera; mas la Providencia tomó á su cargo el ayudarla en su benéfica y caritativa obra.

No bien habia ocupado el asiento que acostumbraba en casa de su amiga, la preguntó por su nieto; pero antes de que la anciana señora hubiera podido contestar, se oyó la voz de aquel en una sala contigua y cuyo balcon abierto daba al mismo corredor que el del aposento en que se hallaban las dos señoras.

El jóven Justino, este era el nombre del nieto de la amiga de mi abuela, hablaba en voz alta con alguno de sus amigos sin duda; y con el cual sostenia el siguiente animado diálogo.

—Conque es tan bonita?

—Lindísima, decía Justino; tiene cierto aire de distincion y gentileza que la hacen hechicera: será una conquista que me honrará.

—¡Lástima que sea una camarera!....

—Por qué? Crees tú que yo pienso en casarme tan jóven?

—Pues yo opino que te seria muy conveniente hacerlo, Justino.

—Qué disparate!

—¿No está amenazando la ruina al caudal que te han señalado tus padres? No hace seis años que llevas la vida de un calavera, de un segundo Lovelace? El verdadero cariño que te tengo me hace, en efecto, desear que te cases.

—Déjame por ahora de casamiento! contestó con mal humor Justino. ¿Qué diria la Duquesita D...? ¿Qué diria Clotilde? ¿Qué diria mi linda camarera?... Válgame Dios! Solo siento que tenga un nombre tan feo.

—Cómo se llama?

—Cayetana!... Este nombre es capaz de quitar todas las ilusiones....

Mi abuela no quiso oír mas: se levantó y despidiéndose de su amiga con una seña, salió á la calle.

La abuela de Justino era sorda y nada habia podido oír.

Mi abuela no bien entró en su casa, llamó á Cayetana, y la prohibió absolutamente salir, y abrir los balcones bajo ningun pretexto: hecho esto, volvió á sentarse á su mesa, tomó de nuevo papel y escribió la siguiente carta.

„Mi querido Justino: la jóven á quien galanteas es mi camarera, aunque creo inútil decirte una cosa que debes saber desde hace muchos dias.

„Si quieres seguir viéndola, no te queda otro medio que venir á mi casa en la cual no has entrado desde hace tantos años. Cayetana debe ser sagrada para tí pues me pertenece, y es además una pobre huérfana sin mas amparo que el mio.

„¡Ojalá, Justino, que llegues á amarla de veras, y que, vencido por sus virtudes, la des el título de esposa! Creo ver en tus labios una sonrisa irónica al leer estos renglones; pero, créeme, hijo mio; solo un sentimiento hay que iguale toda distancia entre los humanos, y este sentimiento es el amor, cuando tiene por compañera á la virtud.

„Adios, Justino: si no amas lo bastante á esta pobre jóven para darla tu nombre, renuncia á ella para siempre, pues guardaré su honor como si fuera el de mi propia hija.

„M. Y. DE S.”

Mi abuela cerró la carta: llamó á la tia Antonia, y la mandó que la dejara en casa de Justino.

Este esperó en vano ver salir á Cayetana, y durante cuatro dias resistió su deseo de ir á



casa de mi abuela: su orgullo de familia se revelaba contra la publicidad de sus humildes amores, y aun mas, contra el resultado forzoso que debian tener, bajo la generosa vigilancia de mi abuela.

Pero su orgullo de hombre se rebeló tambien contra aquella inusitada resistencia, que por primera vez se oponia á sus deseos, y la voz de su amor, escondida en lo mas recóndito de su pecho, gemia sin cesar robándole el sueño y el sosiego.

Un dia que habia salido de su casa sin objeto se dirigió á la de mi abuela, sin que él mismo supiera que lo hacia: la buena señora estaba por casualidad detrás de una vidriera, y le animó á subir con una cariñosa seña.

La vista de la preciosa camarera echó por tierra todos los proyectos de Justino: á la verdad, Cayetana nada tenia de ofensivo para la vista del mas exigente aristócrata, y nada habia mas delicado que su encantadora figura: ocupábase en bordar y sus blancas manos parecian que solo eran buenas para aquel primoroso trabajo.

Justino se retiró lleno de alegría proponiéndose volver, y seguro de alcanzar el término de sus deseos; pero la activa vigilancia de la buena señora le impidió hasta que pudiese decir á Cayetana una palabra á media voz.

La contrariedad cambió en una pasion violenta y verdadera lo que empezó por un capricho; y las virtudes, la gracia y el sincero amor de la jóven, vencieron al fin el corazon rebelde de Justino.

Trascurridos cuatro meses y una noche en que habia quedado sola mi abuela en su gabinete porque Cayetana habia salido al comedor, la pidió Justino la mano de su camarera con la misma instancia que si solicitase una honra que desconfiase de alcanzar.

Un mes despues se unian con los lazos indisolubles del matrimonio y siendo madrina mi abuela, la jóven del pueblo y el heredero de una nobilísima y opulenta familia.

¡Dulce y encantador imperio el de la virtud y no menos fuerte que hermoso! Si los mortales conociesen lo que vales, ¡cuántos dolores, cuántos males se evitarian!

El amor germinó impuro en su principio en el corazon de Justino; mas, al amparo bienhechor de una santa señora, cambió su esencia nociva por otra llena de pureza, y creció, como el lirio de los valles, á la sombra de una añosa y protectora encina.

#### IV.

¿Quién de vosotros, lectores míos, no re-  
JULIO,

cuerda alguna época de su vida con amarga melancolía?

¿Quién no ha sufrido en este valle de lágrimas un dolor mayor que todos sus demás dolores?

Si, por suerte, alguno de vosotros ha sido siempre feliz, no podrá comprender el agudo pesar que yo sentí cuando acababa de cumplir los cinco primeros años de mi vida: la fecha de la muerte de mi querida abuela, de aquella madre que tanto me amaba, está grabada en mi alma con eternos é indelebles caracteres.

Pero mi mano tiembla y deja caer desfallecida la pluma al ir á estampar en cada frase un gemido, que forzosamente ha de arrancarme mi incurable dolor.

Y sin embargo, yo no quisiera entristeceros, lectores míos: en mi alma reina siempre una calma plácida é igual, como en los dias serenos de mi niñez; pero hay en mi corazon heridas mal curadas y que, al tocarlas, sangran de nuevo.

Sin embargo, las penas, en que yo os haga tomar parte, no serán imaginarias y tendrán toda la tranquila grandeza del verdadero dolor.

Yo nunca perdono á los que escriben que hagan alarde de dolores que jamás han sentido: de esas plumas que jumbrosas mana siempre la mentira, y lejos de producir un bien, no hacen mas que contraer y mortificar el ánimo del lector.

Pero los reales, los sentidos, tienen un sello de verdad, que interesa al corazon del lector bondadoso á quien el que escribe elije por confidente.

Eran los últimos dias de Marzo: la primavera ha sido siempre una estacion tan grata á mi corazon como perjudicial á mi salud.

Acometíame con frecuencia una fiebre nerviosa y ardiente, nacida sin causa al parecer, y acrecentada por la debilidad misma de mi constitucion: sentada á los piés de mi abuela pasaba yo los dias, pues el médico habia prohibido espresamente que se me enviase al colegio, ni que se me consintiera la mas leve ocupacion.

A la entrada de la primavera se hizo mi fiebre tan intensa, que un dia no me pude levantar de la cama ni ir á casa de mi abuela.

La noticia de mi enfermedad fué un golpe cruel para aquella escelente señora: acostumbrada á mi compañía, no podia vivir sin ella; perdió el apetito y el sueño, y aunque pasaba casi todo el dia junto á mi lecho, al volver á su casa la oprimia una tristeza que nada podia disipar.

Es verdad que carecia tambien de la compañía de Cayetana, á la cual estaba habituada,



desde hacia cuatro años: esta joven había salido de la ciudad con su esposo, pues este quiso que la conociese sus padres, y la había llevado á una pequeña poblacion donde habitaban y de la cual eran casi los esclusivos dueños. Justino había vuelto á la capital para terminar sus estudios y vivia en la casa de su abuela.

En cuanto á la mia, había amado tan tiernamente á su joven camarera, que no quiso encargar otra que la reemplazase, y se decidió á pasarse únicamente con el servicio de María y de la tia Antonia.

En los primeros dias de Abril cedió el mal que me aquejaba, y el médico mandó que dejase el lecho y que se me procurase la mayor distraccion posible.

La cuaresma tocaba á su fin: una tarde, era Viernes de Dolores, estaba yo en el balcon del cuarto de mi madre, con los ojos fijos en la iglesia de S. Miguel, situada en frente de mi casa, me entretenia en ver entrar en ella á la gente para asistir al santo ejercicio del *Via-Crucis*: el mal estado de mi salud me detenia aun en casa de mis padres por mas que yo deseaba ir á la de mi abuela.

Todos los objetos que miraba con indiferencia y hasta con desden en casa de mi buena mamá cuando iba á ella todos los dias, se representaban llenos de encantos en mi imaginacion desde que carecia de su vista: la sala de mi abuela con la antigua sillería de caoba y brocado verde; el velador delante del cual se sentaba para rezar y el gran retrato con marco dorado de mi abuelo; su gabinete de tocador con el ropero de sándalo; la mesa vestida de damasco amarillo, y el enorme espejo de ébano y plata; su comedor con la mesa en el centro; los aparadores llenos de frutas y conservas, y las cómodas y blandas sillas de baqueta oscura; todo esto se dibujaba riente de alegría en mi imaginacion.

Porque la alegría acompaña tambien á la ancianidad, cuando esta viene despues de una vida entera de virtudes y pureza.

Sentada yo junto al balcon de mi madre en una pequeña banqueta, recordaba placentera los objetos que acabó de enumerar; suspiraba por el lindo y risueño jardinillo de mi abuela, donde me sentaba contemplando el arroyo iluminado por el sol, los árboles engalanados con sus verdes y pomposos trages, y el cuadro de perifollo, peregil y yerba-buena, que cultivaba la tia Antonia.

Mi madre bordaba á mi lado sentada en una de esas sillas bajas tan á proposito para la costura: era yo tan pequenuela que, estando colocada en una banqueta podia apoyar mi

cabeza en las rodillas de mi madre, la cual había recogido en su falda mis largas trenzas rubias, que se arrastraban por el suelo.

De vez en cuando mi madre interrumpia su bordado y ponía sus labios sobre mi frente, dilatando su beso todo el tiempo que necesitaba para cerciorarse de que no me había vuelto la calentura.

Luego volvía á tomar la aguja y entonaba una de esas canciones que las madres inventan para entretener á sus hijos.

Era mi madre entonces una linda joven que no pasaba de los veinte y dos años; su talla mediana y esbelta tenia una gracia y una delicadeza llenas de encanto; sus grandes ojos, de un azul melancólico y sombrío, hacian un delicioso contraste con su tez morena y suave, y con sus hermosos cabellos, negros y lustrosos como el azahache: su boca pequeña era linda y rosada; no he visto nunca una mano y un pié mas preciosos que los de mi madre; no he visto un talle mas flexible y gracioso que el suyo.

En aquella época su salud era muy delicada porque de nuevo estaba próxima á ser madre; no obstante, el cuidado que tenia por mí, la hacia olvidarse de sí propia.

A ella bordando y á mí mirando á la calle ó dormitando en su falda nos sorprendió la caída de la tarde; á esta hora mi madre dejó su bordado y me sentó en su regazo apoyando en su seno mi ya fatigada cabeza.

De repente inclinó la suya hácia la calle y llamó:

—María! María!

Era que había visto á la sirvienta de mi abuela que salía de rezar.

—Ya subo, señorita, dijo la muchacha.

—No, no subas, repuso mi madre, porque tal vez harás falta á la señora; ¿cómo está?

—Hoy... mala, señorita; no puede vivir sin la niña; hace ya seis dias que la consume una gran tristeza, y aunque nos ha mandado que lo ocultemos al señorito y á V., ha de saber V. que no come nada, ni duerme una hora cada noche.

—Voy al instante á enviar por un coche y la llevaré la niña, María; dijo mi madre.

—Y si se pone peor, señorita?

—Cómo ha de ser! quiero consolar á mi pobre madre; pero vuélvete á casa que ya te sigo.

María se dirigió á casa de mi abuela y mi madre mandó en seguida á buscar un coche. Así que llegó este, me abrigó con cuidado, y tomándome una criada en brazos, bajamos la escalera.

Mas al llegar al patio, retrocedimos á la vis-



ta de la tía Antonia que se precipitó en él.

Venia jadeante, con el semblante bañado en lágrimas, todas sus facciones pintaban un angustioso dolor.

—¡La señora... se muere... se muere! gritó con voz ronca y sofocada.

Mi madre palideció y se apoyó contra la pared.

—Pronto! pronto! venga V. señorita! y que venga también el señorito!.... La señora... llama á sus hijos!...

Así que dijo estas palabras se lanzó la anciana á la calle y la atravesó corriendo como si sus piernas fuesen de veinte años.

Mi madre subió á su cuarto; escribió á mi padre algunas líneas y fué á tomar despues el carruage que se dirigió al trote á casa de mi abuela.

## V.

Las criadas de mi madre me subieron á su cuarto; me senté en mi banqueta y me puse á llorar silenciosamente sin contestar á las caricias que se me hacían y sin proferir un acento.

Un dolor hondo y vago me oprimía el pecho; mi corazón presagiaba la gran desgracia que me amenazaba y que iba á tragarse toda mi felicidad.

Una hora hacia que mi madre había salido, cuando entró mi padre; me tomó en los brazos y salió conmigo.

Eran las ocho de la noche.

El corazón de mi padre latía violentamente contra mi corazón: sus lágrimas caían sobre mi frente y mis cabellos.

Pronto llegamos á casa de mi abuela. María sostenía la puerta abierta y entramos hasta la alcoba donde agonizaba.

Al verme estendió los brazos, y mi padre me puso en ellos: abrazóme y cubrió de besos mi frente y mis mejillas; luego pidió por señas que me sentasen sobre el lecho.

—Pedro! dijo clavando en mi padre una mirada que ya empañaban las sombras de la muerte. ¡Pedro... hijo mio! prométeme amar por mí á esta niña!... prométeme que jamás me echará de menos en el mundo!

—¡Te lo prometo, madre mia! murmuró mi padre ahogado por el llanto y dejándose caer de rodillas junto al lecho.

—¡Hijos míos! volvió á decir mi abuela dirigiéndose á mis padres: ¡hijos... míos! no impongais jamás ningún... castigo rudo... á mi María!... ó la perdereis!... yo he comprendido lo que... vale esta... alma inocente!... no la hagais huir... al cielo donde yo... voy á morar!...

luego... la lloraríais mucho!... mucho!... y ella no... volvería entre vosotros!

Al decir estas palabras, colocó mi abuela su mano sobre mi cabeza: despues alzó la suya por un supremo esfuerzo; oró un instante con las manos juntas, y en seguida las colocó sobre mi frente.

—Yo te bendigo... hija mia... muy amada! murmuró: yo te... bendigo... y llamo sobre tu frente las bendiciones... de Dios!

Luego cayó sobre su lecho sin fuerzas ni color: mi madre fué á tomarme en sus brazos; pero la moribunda me oprimió contra su pecho, manifestando así su deseo de que no me separasen de su lado.

—Un notario!... exclamó con voz ya ininteligible.

Uno de los circunstantes salió y volvió un instante despues con el notario de la familia, al mismo tiempo que entraban los doctores que mi padre había mandado buscar á toda prisa.

Consultáronse los médicos con una mirada y simultáneamente tomaron cada uno una mano de la enferma y abrieron sus venas.

La sangre saltó con ímpetu y mi abuela abrió de nuevo los ojos, clavándolos en el notario que estaba ya sentado ante una mesa y preparado para escribir.

—Pronto!... pronto!... dijo: tenemos... mucho... mucho que... hacer!

Su cabeza se dobló y se apagó su acento.

—Se muere! gritó uno de los doctores, antiguo y leal amigo de la familia.

—Se muere! repitieron mis padres.

—Se muere! repitió una voz ronca detrás de las cortinas de la cama.

—Sí, sí! Sin remedio! prosiguió el anciano médico: seis días ha que padece un ataque á la cabeza que hubiera podido cortarse!... ahora es tarde!...

—Pronto!... la unción!... gritó el otro médico al ver que las facciones de mi abuela se descomponían rápida y espantosamente.

El sacerdote se acercó con los sagrados óleos: mi abuela se había confesado el día anterior sin dar parte de ello ni aun á sus criadas que, aunque vieron á su confesor, no lo sospechaban tampoco, porque aquel respetable sacerdote visitaba con frecuencia á mi pobre abuela.

No bien esta recibió la santa unción, alzó la cabeza, puso sus labios en mi frente, y... espiró!!!

Mis padres velaron piadosamente el cadáver hasta que fué conducido á su última morada: amaban mucho á su madre para aban-



donarla á manos estrañas, y las suyas fueron las que la colocaron en el atahud.

Al sacar el cuerpo del dormitorio, la anciana Antonia salió de detrás de las cortinas de la cama: cuarenta y dos horas hacia que permanecía allí sin dormir, sin comer, y últimamente sin llorar, porque la fuerza de su dolor habia agotado ya todas sus lágrimas.

Nadie pudo impedir que la tia Antonia siguiese al cadáver hasta la iglesia; depositado en ella se arrodilló junto á él, y ni las amenazas, ni las persuasiones fueron bastante á hacerla salir del templo.

Cuando á la mañana siguiente fueron algunas personas á ver si podían llevarla á casa de mis padres, la encontraron sentada en el suelo, muda é inmóvil.

Pasaron por su lado, se situaron en frente de ella y no se movió.

Sus ojos permanecieron abiertos; pero fijos.

El dolor habia secado sus pupilas.

Estaba ciega!

## VI.

Por fin se consiguió conducir á la tia Antonia á casa de mis padres, pero solo alcanzó esta victoria el confesor de mi abuela, que era el suyo tambien.

Aquel buen señor la dijo que aun podia ser útil en este mundo á su santa señora, cuidando y amando á la pequeña María, por quien habia tenido tan tierna predileccion.

Luego, sacando un papel, la dijo tambien que su señora le habia encomendado una carta para ella y que se la iba á leer.

Entonces la pobre anciana se incorporó y escuchó ávidamente, pasándose la mano por sus ojos sin luz.

El sacerdote, seguro de conseguir algun bien con un piadoso engaño, hizo como que leia el papel que habia sacado y que estaba enteramente blanco.

„Queda con Dios, tú, que tanto me has querido y que aun has de vivir en el mundo: yo voy al cielo donde rogaré por mis hijos y por tí.

„Cuida de mi pequeña María; sé buena con ella, Antonia, pues que tu ancianidad la recordará á su abuela; que no la haga sufrir sobre la tierra el ser mas semejante á mí.”

El sacerdote cesó en su fingida lectura: habia conseguido el efecto que deseaba, pues veia correr abundantes lagrimas por las mejillas de la anciana.

Esta pidió que la llevasen á mi lado; me tomó en sus brazos y volvió á llorar copiosamente, lamentándose de no poder verme ya.

Desde aquel dia, la irascibilidad de su genio se cambió en una dulce y sufrida melancolía, porque el dolor purifica á las almas buenas de todos sus errores.

María quedó tambien en casa, sin mas obligacion que la de cuidar á la pobre ciega: ambas rogaron tanto á mi madre que me encomendase á sus cuidados, que tuvo que darlas gusto poniendo mi pequeño lecho, rodeado de cortinas blancas, en el mismo cuarto en que ellas dormian; dedicáronse enteramente á mí, y María, que estaba llena de orgullo por llevar el mismo nombre que yo, me vestia y peinaba todos los dias, me llevaba al colegio y á paseo, y desdeñaba tratarse con las demás criadas de la casa, creyéndose muy superior á ellas.

La tia Antonia pasaba su vida tegiéndome lindas medicitas de hilo ó contándome cuentos.

—Donde se fué la otra mamá? la preguntaba yo algunas veces.

Y ella me contestaba tristemente, mientras que una lágrima corria por sus marchitas mejillas.

—¡Hija mia, ha subido al cielo!

FIN DE LA PÁGINA SEGUNDA.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

## NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

*De los puntos de encaje ó de calado.—Continuacion.*

33. Dicho calado ofrece una agradable variedad. Luego que se ha hecho la primera fila, segun acabo de describir, y se pasa á la segunda, no se hace mas que un solo punto en la primera línea vertical de tres hilos á izquierda, y volviendo á pasar la aguja como si se quisiese hacer el segundo punto, se la va á clavar en el hilo del encaje, que ha hecho en la fila primera el punto paralelo á este, y se la torna á traer á que acabe el punto interrumpido; y con esto se forma una linda crucecita de dos hilos de encaje en el punto (fig. 63, h, fol. 322) y se va continuando hasta el fin de la misma manera. A este calado le dan el nombre de *calado á la turca*.

Pasaremos ahora á los puntos de encaje, á los cuales muchas suelen poner sobre papel de color verde, en lo que hacen muy bien, ya porque esto facilita en algun modo la labor y



sale mas regular, ya porque tambien favorece mucho á la vista.

#### *Del punto de tul.*

34. Llámase así este punto porque imita perfectamente el tejido de tul, y es la base de casi todos los otros puntos de encaje, que por la mayor parte ó son bordados sobre el punto de tul, ó á lo menos combinados con él.

Enlazada y asegurada ya la hebra, segun queda explicado para los puntos anteriores, se coge la tela del revés, cogiendo el pedazo que se va á trabajar entre el índice y el pulgar izquierdo. En seguida se toma la aguja entre los mismos dedos de la otra mano, y sosteniendo el hilo con el dedo cuarto y el menique de esta última, se pasará dicho hilo sobre el índice izquierdo, reteniéndole bajo el dedo de en medio, siempre de la mano izquierda. Hecho esto, manteniendo constantemente el hilo sobre el cuarto dedo y el menique de la de la derecha, se pasa á clavar la aguja (á algunos hilos de distancia del sitio en que poco antes se la dejó) en el cordoncillo, volviendo el ojo de la aguja hácia sí, y pasando la punta sobre el índice izquierdo, cerca del nacimiento de la uña, y entonces el pulgar y el índice aflojan la aguja. Cuando esta se halle clavada hasta la mitad, se mete el dedo pulgar derecho en el lazo grande cogido con los dedos cuarto y menique, y levantando el hilo con el pulgar, se le pasará dos veces de izquierda á derecha sobre la aguja; sácase esta con el pulgar é índice de la derecha; suéltase el lazo de los dedos cuarto y menique ó pequeño, y se vuelve á coger el hilo en el dedo menique de la mano derecha. Entonces se ve que el hilo no forma lazo sino sobre el dedo tercero de la izquierda, el cual se retira levantando el dedo pequeño, que siempre retiene el hilo y aprieta convenientemente el punto por fin concluido.

35. Como nunca se coge hilo nuevo en toda una línea de puntos, es necesario, cuando sobra muy poco hilo para comenzar otra, parar en el cordoncillo y enhebrar la aguja con hebra nueva y de una longitud suficiente para que no haya que parar en medio de la línea ó fila, pues de lo contrario habria que deshacer toda la parte que estuviese tejida de la línea no acabada.

36. Si la hebra es corta, nos serviremos del dedo tercero ó bien del pulgar de la mano derecha para pasar dos veces el hilo sobre la aguja. Comiénzase este punto á la distancia de algunos hilos del primero, mas cuando no hay bastante práctica, será menester contar estos hilos á fin de que salgan bien iguales los

puntos; y despues que de este modo se haya guarnecido de puntos todo á lo largo y al hilo el cordoncillo (fig. 63), se asegurará el punto último en el cordoncillo lateral á la altura de los puntos, despues se pasará la aguja dos veces por cada punto volviendo el ojo hácia el dedo de enmedio de la mano derecha, con cuyo dedo se empujará. Teniendo ya todos los puntos bajados (este es el término que se ha adoptado) así, se para en el otro cordoncillo lateral, y volviendo á subir la aguja en este cordoncillo á la altura de los primeros puntos, se harán otros nuevos, cogiendo cada uno para hacer otro (fig. 64 fol. 322). Continúase como en los precedentes, se *para* lo mismo, y se tornan á bajar los segundos puntos. Cada uno de estos viene á ser entonces un agujerito cuadrado formado por cuatro hilos: los dos que van á lo ancho se llaman *presillas* y los otros dos *barras*. Cuando son muy finos basta pasar una sola vez la aguja al bajarlos, y de este modo salen mas claros y mas bonitos dichos puntos, pero no tan sólidos. Tampoco se pasa el hilo mas que una sola vez sobre la aguja para hacer este punto. Convendrá advertir que se hace el punto de izquierda á derecha, y que se baja de derecha á izquierda. Además de dicho punto de tul ó de red, hay en los de encaje otros dos puntos, que son los *alfileres* y los de *calado*, y de estos tres géneros resultan innumerables combinaciones. Ahora explicaremos el modo de hacer los dos últimos.

37. Los *alfileritos* no son otra cosa que unas mallas ó puntos pequeñitos y bastante apretados; para formarlos no se pasa mas que una vez el hilo sobre la aguja, ni tampoco se pasa esta mas que una vez para bajarlos; por lo comun se cojen dos en un punto ó agujerito muy fino de red y á veces tres. Cuanto mas espesos y apretados unos con otros, están mejor hechos, porque su destino es formar oposicion con lo claro del punto.

38. Los puntos de *calado* piden mas atencion. Ved aquí como deben hacerse, ya se comiencen por el cordoncillo, ó ya se coja en un punto (dícese *coger* un punto en otro, cuando se le hace salir del otro, ó por mejor decir cuando se hace otro nuevo en este); se harán tres, cuatro ó cinco puntos de tul bastante juntos y apretados, no pasando mas que una vez el hilo sobre la aguja. Se deben alargar y apretar de suerte que produzcan un cuadrado muy espeso (fig. 65, d fol. 322), y en seguida se hace un punto ordinario en la malla siguiente, haciendo veces de un segundo punto el de calado. Cuando se vayan bajando las líneas de mallas, se pasará la aguja una vez sola en las pequeñas del punto de calado, aunque al ba-



jar se haya pasado dos veces. Es necesario cuidar de no separar las mallas pequeñas, para que el punto de calado no pierda su forma ó figura cuadrada. Al comenzar la siguiente fila se tomará ligeramente el punto de en medio del de calado, pero sin descomponer el cuadrado. Este punto, que enteramente es semejante en la hechura y en el nombre al punto de calado que se emplea en el encaje, sirve para representar los dibujos en los calados.

También suelen hacerse sobre el punto de tul diferentes bordados para reemplazar dicho punto de calado, y para diferenciar los dibujos, por lo cual enseñaremos estos bordados, siguiendo el orden de los puntos de calado, que explicaremos sucesivamente, dando principio por los mas fáciles: y á continuación trataremos de las clases de puntos de bordados que forman los calados del bordado al *zurcido* sobre el tul.

(Se continuará.)

## LAS MADRES.

De padres á padrastros  
hay cuatro leguas;  
de madres á madrastras  
hay cuatrocientas.

### I.

—Quiquiriquí!....

—Canta el gallo

y con esta ya van tres.

Ea, muchachos, arriba,  
que es cerca de amanecer.

—Todavía es muy temprano....

Padre, déjenos usted  
otro poquito!

—Que os deje  
cuando tenemos las mies  
clamando porque cuanto antes  
la vayan á recoger?

Ea, arriba, perezosos!

—Anton, déjalos! No ves  
que están los pobres muchachos  
reventaditos de ayer?

—Nó, buena procuradora  
tienen en tí!

—Que se estén  
en la cama hasta que el gallo  
cante siquiera otra vez.

—Bien, que se estén... Estas madres  
los echan siempre á perder!

—Hombre, qué quieres que hagamos?

—No haceros tanto de miel.

—Hijos de nuestras entrañas,  
¿no los hemos de querer?

### II.

—Muchachos, que ya es de día.

—Padre, ya estamos en pié.

—Ea, pues á ver si hoy cunde  
la tarea mas que ayer.

—Hombre, son algunos negros?

—Ya sales tú?

—Ya se ve

que salgo.

—Pero señor,  
que en todo se han de meter  
estas mujeres!

—Tratándose  
de mis chicos, con el rey  
me peleo yo.... Hijos míos,  
vais en ayunas? Bebed  
un poquito de aguardiente  
con un bollo. Os voy á hacer  
para almorzar unas migas  
que estén diciendo comed!  
Ábrochaos esos cuellos,  
que con el sol os poneis  
lo mismo que unos gitanos...  
Válgame Dios de Israel,  
que por mas que una se mate  
no ha de poder nunca ver  
arreglados á estos hijos!...  
Id con Dios.

—Hasta despues.

—Eres la madre... mas madre  
que se ha visto ni se vé!

—Déjame, Anton, por los clavos  
del Señor! Y qué he de hacer?  
si su madre no los quiere  
¿quién ha de quererlos, quién?

### III.

—Qué hermosa está la mañana!

Qué bien se está aquí, qué bien!

Desde esta ventana, un mundo,  
un mundo entero se vé!

El aire de la mañana

olores va á recoger

al tomillar de los cerros

y aquí los vierte despues.

Airecito que vertiendo

olores como la miel

en mi ventana suspira,

que Dios te bendiga, amen!

Los mozos yendo á la vega

van cantando su amor fiel,

las mozas yendo á la fuente

le van cantando tambien,

y hasta los pájaros cantan

en el huerto no se qué...

Anton, el sol de Dios sale

por detrás del cerro aquel...

Qué hermoso, Dios le bendiga!

Anton, no le quieres ver?

—Déjame de sol ni sombra

que harto me abraso con él.

Si no es el sol que tú miras

el que madura la mies!

Si el sol que tú miras son

tus hijos!

—Pues bien, y qué?

Los hijos son el espejo

en que las madres se ven!

### IV.

—Anoche los señoritos



debieron correrla bien,  
que cuando se recogieron  
eran cerca de las tres.

—Estás en tu juicio, Anton!

Si yo misma les eché  
la llave para que entraran  
y eran.... serían las diez.

—Mujer, si yo los sentí  
y estaba para coger  
una tranca....

—Vamos, vamos,  
tú estabas soñando.

—Eso es!  
mire usted que es mucho cuento!  
Que le han de querer hacer  
á uno comulgar con ruedas  
de molino! Ya se vé,  
su madre lo tapa todo  
y los chicos hacen bien!  
Y no les diste dinero  
para la bromita?

—Pues!  
—Mujer, si yo te sentí  
abrir el cofre y coger  
dinero cuando se fueron...  
—Sí, se lo di; pero ¿y qué?  
Quiero que siempre mis chicos  
donde vayan queden bien.  
—Válgate Dios!

—Anton, mira,  
por mas vueltas que le des,  
ellos han de ser mis hijos  
y yo su madre he de ser.

## V.

—Qué tienes, hija? ¿Estás mala?  
Hace ya cerca de un mes  
que no duermes, que no comes,  
que reir no te se vé,  
que te quedas en los huesos...

¿Qué tienes? Vamos á ver,  
quieres que se llame al médico?

—No, Anton, porque inútil es.

—Pero no sabes qué tienes?

—Demasiado, Anton, lo sé!

Los hijos de mis entrañas  
van á ir á servir al rey!

—Tonta, y por eso te afliges?

Mira, para conocer  
el mundo, no hay mejor cosa  
que andar siete años por él.  
Todos los hombres debieran  
esos estudios hacer.

—Anton, vosotros los padres  
así pensareis tal vez;

pero las madres pensamos  
que es el dolor mas cruel  
ver á los hijos del alma  
por esos mundos correr,  
muertos de cansancio un dia,  
otro, muertos de hambre y sed.

—Es verdad que hay algo de eso!  
Pero, qué le hemos de hacer  
si caen soldados los chicos?

—Anton, y preguntas qué?

Hasta los últimos clavos  
para librarlos vender;  
y si eso no basta, yo  
por esos mundos iré  
pidiendo de puerta en puerta,

para que á servir al rey  
no vayan los pobres hijos  
que con tanto afán crié!

—Alegando algun achaque  
se podrán librar tal vez...

—Eso seria mentir  
y dos veces ofender  
á Dios, que los ha criado  
mas hermosos que un clavel.

—Pues venderemos las tierras  
ya que te empeñas, mujer.

—Gracias, Anton de mi alma!

Que Dios te bendiga amen!

Para las madres, la gloria

es siempre á sus hijos ver....

Ah! si Dios nos dá dolores,  
consuelos nos dá tambien!

## VI.

—Ayer tu santo bendito,  
y nadie te vino á ver....

¡Qué ingratos hijos, qué ingratos!

—Anton, por la Virgen, ten  
paciencia!...

—Paciencia! Mucha  
necesitamos tener!

Mira el pago que nos dan  
esos pícaros, despues  
de haberles sacrificado

el pan de nuestra vejez!

La soledad y el olvido!

—Pero hombre de Dios, no ves

que tienen familia ya

los pobres á que atender?

—Y se olvidan de sus padres!

—No hay tal....

—Bien claro se ve:

se casaron y no han vuelto

á poner aquí los piés!

—No habrán podido los pobres....

—No los defiendas, mujer!

—Son mis hijos.

—Ese nombre

yo á darles no volveré

sino para maldecirlos.

—Qué corazon tan cruel!

—Malhayan, amen, mis hijos!

—Benditos sean, amen!

ANTONIO DE TRUEBA.

## EL LABRADOR.

### I.

Al despuntar una hermosa  
mañanita de San Juan

toma el labrador sus hoces

y alegre á sus campos va,

despues de haber dado

un beso de paz

á su mujer y sus hijos

que aun dormiditos están.

Conforme camina dice

lleno de felicidad:

—Trigo de mis campos

qué hermoso estarás,



y al verte en nuestras paneras  
como el sol de Dios entrar,  
de gozo mis hijos  
¡cómo saltarán!

## II.

Llega el labrador al campo  
donde su esperanza está  
y en vez de mieses doradas  
halla abrojos nada mas,  
que lluvias, vientos y nieblas  
han malogrado su afán;  
y torna á su casa el pobre  
diciendo al tornar:

—Paneritas de mi alma,  
ya vino el señor San Juan,  
si vacías os encuentra,  
vacías os dejará!

Al veros vacías  
de trigo candeal,  
mi esposa y mis hijos,  
¡cómo llorarán!

ANTONIO DE TRUEBA.

## LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

*Doña Robustiana Armiño de Cuesta.***Contra Pereza Diligencia.**

TERCERA PARTE.

## II.

LA VELADA.

"Si dormís, doncella,  
Despertad y abrid.

*Gil Vicente."*

Contra todo lo que esperaba Magdalena, Chateau-fort se habia puesto de un humor insoportable desde la escena del castigo, que habia dejado en su alma mil ideas diversas todas amargas, todas amenazadoras como la maldición de un padre moribundo.

En vano la Bonmarché se mostraba complaciente y encantadora, el propietario contaba y recontaba los pesos que le habia costado Ascanio, añadía temblando la suma que valían los dos esclavos castigados á los que contaba igualmente perdidos y prorumpía en horribles blasfemias, que parecían desafiar todo el poder del cielo.

En efecto, Ascanio se habia fugado llevándose consigo una considerable suma en mo-

nedas de oro; los dos jóvenes esclavos, á quienes miraba como á hijos, castigados solo por espiar su culpa, ¿no merecían la libertad en cambio de su leal conducta? Ah! sí; Ascanio velaría día y noche, allanaría en fuerza de oro los inconvenientes, y los dos esclavos concluirían por hacerse como él cimarrones! (1)

Chateau-fort pateaba y su dolor del hígado se recrudecía cada vez mas.

Tan débil como cobarde hubiera querido comprar á Zafiro á precio de oro para que velase su sueño reemplazando al atleta perdido. ¿Pero cómo atreverse á hacer proposiciones al esclavo por ventajosas que fuesen?

No sabiendo Chateau-fort donde buscar un defensor seguro, pues en ninguno de sus esclavos confiaba, suplicó á Palmerolles que á pesar de su severidad no contaba un solo enemigo en el ingenio, que tuviese la condescendencia de cederle por algun tiempo su antiguo y fiel criado, autorizando á Laura para que asegurase á Zafiro y á María de Jesus que su amo le haría olvidar muy pronto el castigo que se habia visto obligado á imponerles, cumpliendo un penoso deber de justicia.

Y no se crea que el propietario obraba impulsado principalmente por su buen corazón; el miedo que le inspiraba el mulato habia vuelto á apoderarse de su imaginación, adoptando formas tan sangrientas y terribles que Chateau-fort hubiera dado con gusto la mitad de sus tesoros por ahogar el recuerdo de aquella horrible amenaza, olvidada un momento bajo la magnética influencia de la Bonmarché.

Laura siempre buena, siempre generosa, exhortó á los dos esclavos al olvido de las injurias, asegurándoles que su amo se habia visto obligado por el imperioso deber de la disciplina.

Zafiro dejó vagar en sus labios una triste sonrisa, y besó la orla de su vestido, aunque sin responder una sola palabra.

En cuanto á la esclava, insensible á toda reflexión, callada, anonadada bajo el peso de una melancolía terrible, prometió á Laura todo lo que aquella le exigió á trueque de que la dejase para llorar de nuevo.

Laura la abrazó asegurándola que Zafiro la amaba como siempre y animándola á emprender de nuevo sus bordados.

Aunque al parecer insensible á todo, María de Jesus sintió al recuerdo de Silvina un mal-estar, un sentimiento de odio que se reflejó en sus ojos negros y adormidos, que brillaron como una exhalación eléctrica.

(1) Cimarrones; los esclavos que se escapan á los montes, y viven en despoblado.



—Toma, le dijo Laura penetrando el pensamiento de la joven negra, aquí tienes el libro que mi confesor puso en mis manos el día de mi primera comunión; tú eres una buena esclava, una joven sumisa é inteligente y espero que muy pronto podrás leer en él. Oh! cuando leas, yo te aseguro que hallarás en sus páginas consuelo para todos tus dolores.

—Oh! no; mi ama! exclamó María con un abatimiento profundo.

—María, le dijo Laura tomando de nuevo el libro; el abatimiento es un crimen, porque revela desconfianza de la bondad divina.... escucha y cree.

Y Laura abrió el libro y leyó en alta voz.

—“Mirad con desprecio todas las grandezas humanas. Si conseguís tener fijo el pensamiento en los bienes eternos, no temereis ningún mal de los que puedan sobrevenir os en la tierra.”

María de Jesus levantó la cabeza y escuchó con atención.

Laura continuó:

—“Si el tormento os asusta, que la recompensa que os espera fortalezca vuestro ánimo.”

—Oh! mi ama! niña mia! exclamó la negra fijando en Laura sus hermosos ojos llenos de lágrimas; yo quiero tener valor, quiero trabajar otra vez hasta que el Dios bueno sea servido; quiero aprender pronto á leer para decir á todas horas las hermosas palabras que consuelan y hacen volver la esperanza y el valor. Oh! mi ama! ¡qué hermosa sois á los ojos de Dios!.... vos, que consagrais vuestra vida á enseñarnos la buena senda del cielo.

Laura la abrazó de nuevo y la ofreció dedicarle mas lecciones que á ninguna otra esclava del ingenio. Infatigable para todo lo que fuese el bien de sus semejantes, Laura se encaminó en seguida á la habitación de Silvina, pidiéndole para su protegida un traje de seda de color de avellana.

Silvina se sorprendió y encogió los hombros con extrañeza, no comprendiendo como Laura se erigia en protectora de una ladrona.

—Silvina! le dijo Laura con emoción. Dios es Dios y no nos incumbe á nosotros dilucidar el por qué de algunos acontecimientos dolorosos que se suceden siglo tras siglo, como si los hombres hubiesen erigido altares á la maldad y á la injusticia.... Estamos solas... de otra manera hubiera sellado mis labios.... Tu padre oyó de boca del mulato que él era el único ladrón, y que los demás esclavos eran inocentes.... ¡y sin embargo los castiga!... ¡justicia de Dios!

—Inocentes! exclamó Silvina estremeciéndose ligeramente, ¿pero no será esa una pa-

traña inventada por Ascanio para salvarlos?

—Ah! no! el acento de la verdad es siempre único como el acento de Dios. Ascanio ha dicho la verdad. Si esos pobres jóvenes se han resignado á soportar el peso de tan feo delito.... si el cariño ó la ingratitud los hicieron aparecer culpables á los ojos del mundo, tanto mas dignos debieron ser á los ojos del que conocía toda su generosidad.

—¿Pero estás seguro de que papá conocía su inocencia?

—¡Ah, sí! Ojalá que él pudiera ofrecer siquiera una leve excusa á los ojos de Dios.... pero eso es imposible. El mulato le amenazó con que la sangre inocente caería sobre su cabeza, y sin embargo aceptó el anatema como los judíos tomaron sobre su alma el peso de la sangre de Cristo solo por el placer de crucificarle.

—Pero.... yo no puedo comprender, murmuró la perezosa respirando con alguna dificultad.... Castigar á sabiendas á un inocente.... ¡Dios mío!

—Es verdad; y á unos inocentes, modelo de virtud y de generosidad.... ¡Silvina! oremos por tu padre, que ha destrozado con su impudicia el casto corazón de una vírgen!

—Me parece que tengo miedo, exclamó la perezosa temblando al recordar la amenaza de María Antonia; ¡si yo hubiese sabido que era inocente!!

—Ah! ¿Con que tú necesitabas para implorar su perdón conocer ya que se le debía de justicia? ¡Pobre hermana mia! ¿Y á dónde estaba tu alma generosa cuando desechaste los ruegos de tu pobre madre, que reclamaba un apoyo para salvar á la mas hermosa y pura de tus esclavas? ¿No hay en tu corazón un átomo de cariño para la vírgen que lava tus piés, que perfuma tu cabeza, que se consagra día y noche á bordar para tí las flores y las palmeras de su patria querida?

Silvina miraba á todas partes con inquietud, porque en todas partes creía oír la voz de su conciencia que la acusaba sin piedad.

—¿Y qué harémos? preguntó con ansiedad, tomando entre las suyas las manos de Laura?

—Echar un velo sobre lo pasado, rechazar toda voz que nos incite á la venganza, amar de corazón á la infeliz esclava, colmarla de beneficios... ¿qué sé yo? Tal vez todo eso sea muy poco, hermana mia! el corazón de esa joven ha padecido mucho; ¡pobre niña! no tiene ojos mas que para llorar.

Silvina aceptó de buena fé aquellos consejos tardíos ya, prometió á Laura que al día siguiente volvería la esclava á ocupar su puesto, y le dió el vestido de color de avellana,



aunque manifestando un vivo deseo de saber por qué había preferido aquel color oscuro.

Las negras son en general apasionadas por los colores vivos.

Laura le prometió la explicación para el día siguiente.

El día siguiente era el señalado para que Zafiro saliese de la enfermería.

Laura se volvió á Puerto-Escondido en su volanta de camino y acompañada de su padre.

Palmerolles fumaba tranquilamente á su lado, llevando sobre sus rodillas un envuelto que contenía el traje de seda. Severo, callado, mezclándose muy poco en lo que no tocaba á sus intereses, nada había hablado con su hija de los esclavos, porque creemos haber dicho antes que su sensibilidad no estaba desarrollada mas que para el amor filial.

Apenas llegaron á su casa, el cajero tomó un ligero refresco y se retiró á su cuarto. Esclavo de un trabajo pesado, se acostaba siempre mucho antes que su mujer é hija.

En cuanto se recogía Palmerolles empezaba la velada; la velada de familia, desconocida en aquellas regiones donde la noche es la vida, pero la vida del placer, de la música, del baile y de todos los gozes de los sentidos.

Aquellas dos mujeres, empezaban entonces ayudadas de una sola criada á coser sin levantar cabeza, en cuya operación pasaban la noche hasta una hora muy avanzada.

El día le empleaba Laura en la pintura, la música, el bordado y las lecciones de los niños pobres, á los que dedicaba dos horas diarias. La madre después de haber ayudado á la esclava en las faenas domésticas, tomaba su almohadilla y trabajaba bellísimos encajes que vendía en la Habana á muy estimado precio.

Solo en fuerza de mucho trabajo y mayor economía, sostenían los Palmerolles una posición decente, á lo menos en apariencia.

Aquella noche Laura en lugar de tomar la costura, sacó del pañuelo el vestido de seda oscuro, estendiéndole sobre una mesa para variar el corte.

Su madre levantó hácia ella los ojos interrogándola con la mirada.

Laura la explicó entonces que aquella noche era preciso arreglar un vestido para la pobre esclava y que no se acostaría hasta dejarle concluido.

La madre contempló un momento á su hija, planta gentil regada por las bendiciones de todos los desgraciados y dejando á un lado su labor, se puso á coser en el vestido con tanto placer como la misma Laura.

La caridad había encontrado siempre un te-

soro en el corazón de aquella buena alma que nada poseía.

Aquellas horas eran las mas monótonas para Laura. Poco afuente la señora de Palmerolles apenas pronunciaba dos ó tres palabras. La esclava contenida por el respeto cosía sin levantar cabeza, y la pobre jóven tenía que recurrir para evitar el fastidio, á referir á su madre pasajes de historia sagrada y obras de caridad, ó á explicar á la esclava trozos del catecismo que la buena mujer sabía ya casi de memoria.

Había sin embargo grandes intermedios de silencio.

Laura preocupada desde el día del castigo, (preocupación que su madre atribuía naturalmente á la emoción) tarareaba una cavatina de Puritani, cuando resonó en la reja un ruido extraño como el de un cuerpo que se desprende cayendo de grande altura.

La señora de Palmerolles volvió la cabeza con sobresalto, soltando al mismo tiempo la costura; la esclava arrojó un ligero grito, aunque sin manifestar en su semblante alteración alguna.

Laura no gritó, pero su rostro agitado revelaba una turbación particular que en nada se parecía al miedo. Tan ágil como valiente lanzóse hácia la reja y abriendo resueltamente las vidrieras, asomó por entre los hierros su hermosa cabeza sin manifestar el mas leve temor.

La señora de Palmerolles temblaba como una hoja agitada por el viento.

Laura miró todo á lo largo de la playa iluminada por la luna y vió deslizarse rápidamente sobre las tranquilas ondas una ligera canoa guiada por una blanca sombra, que remaba á fuerza de brazos.

Al ruido que hizo Laura para abrir la ventana, la canoa se detuvo y la sombra entonó una canción melancólica, dulce y cadenciosa como un canto de amores.

—Niña! niña! gritó la madre con inquietud: ven.... estoy temblando todavía al recuerdo de los asesinatos cometidos en el campo el año pasado: cierra pronto, y la Virgen de Monserrat sea con nosotras.

—¿Y quién sería capaz de asesinarnos, madre mia? exclamó Laura mirando con orgullo á su madre y haciéndole seña de acercarse á la ventana que aun tenía entreabierta. Oh! venid! venid!

La señora de Palmerolles animada por la sonrisa de su hija, se acercó á la ventana, en cuyas rejas estaba prendido con cintas de seda un magnífico ramillete de flores.

La señora de Palmerolles desató en silen-



cio el ramillete, cerró por su mano las vidrieras y fué á compararle con las flores que colocadas en dos sencillos búcaros de porcelana embalsamaban la modesta salita de labor.

Las flores de los búcaros y las de la reja eran hermanas, nacidas en un mismo jardín. La madre interrogó á su hija con una mirada sincera que hizo brillar en las megillas de Laura un vivo encarnado.

Desde el día en que habia salvado á la esclava, Laura encontraba todas las mañanas un lindo ramillete de flores atado á la reja del piso bajo. Mariana le habia visto un día al amanecer, y desde entonces la niña madrugaba mas que la esclava para recoger por su mano la perfumada ofrenda.

A la mirada de su madre, Laura bajó los ojos y se encogió de hombros sin contestar.

La Palmerolles hizo una seña á la esclava que salió al momento.

—Niña, dijo á Laura mirándola fijamente como un juez que se dirige al acusado; en tanto que la ofrenda de las flores se detuvo decorosamente á la puerta de mi casa, he creído de buena fé que era tan solo la espresion de gratitud de alguna persona amada de María de Jesus; la gratitud es siempre respetuosa. Hoy que un atrevimiento que apenas puedo creer ha convertido esas hermosas flores en peligrosas mensajeras de no sé qué secretos que ignoro, te prohibo que las admitas. El amigo Laura entra por la puerta principal, el ladron, y sobre todo el ladron de honra, sube casi siempre por la ventana.

La señora de Palmerolles tomó de nuevo su costura y veló al lado de su hija hasta concluir el vestido, pero sin despegar los labios.

Laura no halló siquiera una palabra que oponer á las severas reflexiones de su madre, y sin embargo era inocente.

El primer día en que Mariana encontró atado á la reja del piso bajo el lindo ramillete, su alma se llenó de júbilo creyendo como su madre, que era la gratitud la que coronaba de flores su ventana.

Las flores llegaban siempre con la aurora, frescas, lozanas, atadas con una hermosa cinta verde esperanza, y Laura empezó á ocuparse sin saberlo de la mano invisible que las cortaba y unia, sintiendo en su corazon un deseo punzante de conocerla y estrecharla entre las suyas.... casi la amaba.

Laura se levantó con el alba, pero las flores estaban ya en la reja. Desde entonces halagada por la idea de aquel hermoso misterio, estaba á todas horas inquieta y preocupada, sin que su madre que descansaba en la inocencia de su laboriosa niña, atribuyese aquella

inquietud á otra cosa que á las recientes escenas ocurridas en el ingenio de Chateau-fort.

El incidente de la ventana habia venido á alterar para siempre la tranquilidad de espíritu que habia reinado hasta entonces en la familia de Palmerolles.

Laura arrastrada á la reja por un secreto impulso acababa de ver la canoa deslizarse dulcemente sobre las ondas, guiada por una blanca y fantástica sombra; hermosa como todas las que ilumina el plateado rayo de la luna: habia visto á aquella misma sombra detenerse para enviarla un canto, que la brisa del mar habia arrebatado entre sus alas, y aunque no habia distinguido la letra habia sentido su melodía insinuante y melancólica como un suspiro de amor.

Engolfada hasta entonces en el estudio, empleando todas sus fuerzas en adelantar mas y mas, insensible al amor, del que nadie le habia hablado todavía, se encontraba ahora en la edad mas peligrosa para una mujer hermosa, instruida y simpática por excelencia. Ignorando de todo punto lo que era amar, su corazon ardiente debia encontrar en el primer amor una fuente inagotable de sensaciones á cual mas apasionadas. El placer como el pesar, la sonrisa como las lágrimas, ¿no tienen un encanto celeste para el alma enamorada?

Por eso Laura que empezaba á soñar en un ser amado que estaba en las flores, en el canto, en la sombra que se perdía entre las olas, sentia ya un placer secreto en sufrir las reconvenções de su madre y murmuraba con agitacion:

—¿Luego es verdad? ¿Luego no es ilusion de mi cérebro enardecido? Oh! mi madre.... mi madre no puede engañarse en sus sospechas.

La pobre jóven apenas pudo cerrar los ojos en toda la noche.

Al rayar el alba estaba ya en pié: la reja estaba vacía.

Laura de repente se puso pálida, despues se sonrió.

Allí habia combinacion, habia interés marcado, el cantor no pudiendo venir al alba, habia traído su ramillete la noche antes.

¿Pero cómo habia subido aquella noche á la reja?

El corazon de Laura palpitaba con violencia: entonces recordó que aquella noche habia ella cantado en alta voz y su amante la habia sin duda escuchado.

La pobre madre pasó la noche suspirando como si le hubiese acontecido una gran desgracia: era la primera vez que se le ocurria que el amor llamaria un día al corazon de la



niña, y que "la hija dejará siempre por el esposo á su padre y á su madre."

### III.

#### EL VIERNES DE DOLORES.

But yet, his saddened brow confessed  
A passing shade of doubt and awe;  
Some fiend was whispering in his breast  
Beware of injured Bothwell haugh!

W. S.

Antes de las diez de la mañana Laura tomó su vestido y se encaminó á Chateau-fort al mismo tiempo que su padre, ansiosa de llegar á tiempo para presentar de nuevo al amo los dos jóvenes esclavos, á los que habia cobrado particular cariño.

Zafiro estaba ya restablecido y bastante tranquilo: al parecer ningun rayo de odio brillaba en sus hermosos ojos negros.

Al divisar á Laura corrió á arrodillarse á sus piés con una especie de idolatría que hizo ruborizarse á la joven.

Laura pasó en seguida á la habitacion de la esclava, que habia recibido la orden de ir á habitar una risueña alcobita cerca de su señora.

Laura entró y se sentó á su lado con la familiaridad de una buena amiga.

—Estás todavía triste, María? le preguntó mirándola con ternura.

—Oh! muy triste, mi ama; triste para siempre: respondió la esclava con una sonrisa de las mas amargas.

—Y no te alegras pensando en la Virgen?

—Oh! sí... su melsé me ha dicho que esa señora es la madre de los que lloran, y yo lloro mucho, niña; luego es mi madre! respondió María con la confianza del justo.

—Pues bien, María, le dijo Laura desplegando á sus ojos el vestido de seda oscura; yo sé lo mucho que amas á la Virgen. Te traigo un vestido igual al que aquella señora llevaba cuando se apareció en el Monte Carmelo. Este vestido le llevarás por un año entero sin plumas ni adornos, más que tu redecilla de seda negra: es una oferta que yo hice por tí á la Virgen en aquel dia terrible. La cumplirás, María?

—Oh! sí, mi buena señora, exclamó la esclava examinando con entusiasmo el hábito del Cármen: yo le llevaré toda mi vida... mi vida no será muy larga segun espero.

Laura le hizo ver que el deseo de morir era un pecado mortal, y que Dios le tenia reservado acaso sus mejores horas, y le vistió el hábito del Cármen con el que la esclava parecia ya emancipada de su odiosa servidumbre.

María estaba desconocida con su nuevo tra-

ge de carmelita; su talle esbelto y flexible se delineaba al través de los anchos pliegues de la túnica; del escote del vestido que le cerraba el cuello, pendia el escapulario que le llegaba hasta la orla del hábito, y en su brazo brillaba el escudo de plata que la inocente esclava miraba con respetuosa admiracion, murmurando con voz entrecortada:

—Todo, todo os lo debo á vos!

Laura la condujo por la mano á la habitacion de Silvina donde se hallaba tambien Magdalena.

Silvina le dirigió algunas palabras afectuosas, encargándola que continuase ocupándose de sus bordados.

Luego la felicitó por su nuevo trage, con el que á la verdad parecia mucho mas hermosa.

La esclava se inclinó hasta el suelo saludándola con una dulce sonrisa.

Magdalena encontró muy escéntrico el hábito del Cármen en una esclava, y despues de dirigirla dos ó tres miradas humillantes, añadió con sarcasmo:

—De los arrepentidos quiere Dios.

El rostro de María de Jesus, se agitó como si hubiese visto delante de sí al capataz armado con su látigo; aquella cruel reminiscencia hacia pasar de nuevo ante sus ojos todas las terribles escenas que se esforzaba en vano en olvidar.

Laura se sonrojó; á no ser Magdalena nadie se hubiera atrevido en su presencia á recordar á la esclava cosa alguna que hiciese relacion á su castigo.

La misma Silvina fingió no apercibirse de las palabras de Magdalena, y despues de prodigar á la pobre joven frases que nunca le habia merecido, le dió permiso para acompañar á Laura á Puerto-Escondido, pudiendo así mostrar su nuevo trage á la señora de Palmerolles.

María de Jesus juró entonces deponer todo su odio hácia Silvina, consagrándose de corazon á su servicio.

Todo volvió á seguir en el ingenio de Chateau-fort su curso ordinario; el plantador y la Bonmarché anudaban mas y mas su tormentosa amistad, salpicada de celos y amenazas que concluian siempre por un presente de mas ó menos valor; Zafiro habia vuelto á ser el esclavo modelo, por lo que merecia siempre mas que otro alguno la confianza de sus señores; Chateau-fort, despues de haber hecho mudar las cerraduras de todas las rejas, de todos los armarios, del pupitre, y hasta de todas las puertas del ingenio, descansaba en el valor de un esclavo de la Luisiania, buscado por Palmerolles para ocupar el puesto de Ascanio, y



que recién llegado á la isla, no podía tener intimidad con ninguno de los esclavos de la residencia.

Silvina continuaba durmiendo las dos terceras partes del día, y solo María de Jesús, aunque mas mimada que antes, aunque mas feliz con el cariño de Laura que tanto la amaba, desmerecia de día en día sin enfermedad visible, sin que sus labios hubiesen vuelto á pronunciar una sola palabra que revelase alegría ó esperanza.

Acercábase en tanto el viernes de Dolores, día de gran veneracion en América, y especial objeto de devocion en Chateau-fort, donde la Dolorosa era la patrona del ingenio.

Desde quince días antes María Antonia y la señora de Palmerolles habian empezado á disponer los jarrones, las compoteras, los floreros, y mil otros adornos formados de oro-pel (1) para las gradas del altar que debia colocarse en un salon contiguo al comedor.

Entre los caprichos que son de moda en el viernes de Dolores, ninguno mas gracioso y encantador que la "siembra."

Medio mes antes de la funcion, María Antonia, que era maestra en aquel arte, sembró con tazas y copas de cristal el trigo y la lenteja, y en grandes tazones de la China formó con simiente de Alegria, cuya vegetacion tiene un hermoso color de escarlata, la corona, los clavos y demás atributos de la pasion. Magdalena pagó tambien su tributo á la Virgen, adornando su altar con graciosos cortinajes de gasa plateada, colocando los lazos, los floreros y los papeles picados.

Silvina habia hecho poner en el altar sus mas ricas joyas.

Aquel año tenia el viernes de Dolores un dulce y nuevo atractivo para todos los que gozan en las alegrías del alma en las puras oraciones que elevan á Dios los corazones adolescentes, cuando llegan por primera á su sagrada mesa.

Los esclavos juvenes hacian una comunión general en la capilla del ingenio.

La víspera del viernes de Dolores, nuestra heroína que continuaba recibiendo todas las mañanas su perfumado ramillete, aunque ocultándole cuidadosamente de los ojos de su madre, se asomó á la ventana que daba sobre la playa acosada por un vago y dulce presentimiento.

—Hoy ofrecen los amantes á sus queridas canastillos de flores, pensaba para sí la doncella: ¿y no es un amante quien deposita todos los días á mi ventana su florida ofrenda?

(1) Llámase en América "oro volador."

El corazón de Laura latia con violencia á la idea de aquel ser desconocido, que reasumia para ella toda la belleza ideal que sueñan los corazones de diez y ocho años.

Laura oyó sonar la media noche, y se retiró á su cuarto con una inquietud punzante que la desvelaba. Siempre en guardia como quien espera, se levantó al rayar el alba, y vió entre la luz dudosa que empezaba á disipar la niebla, alejarse de la playa la rápida piragua, guiada por su fantástico gondolero, cuyo traje blanco como la nieve le daba todo el aspecto de una aparicion.

Laura asomó entonces su hermosa cabeza por entre las rejas, y vió á su ventana una nube de flores que salia de un monstruoso canastillo de junco de la forma de una canoa.

—Oh, madre mia! exclamó encaminándose á despertar á su madre con una alegría que no le cabia en el pecho; venid... venid... hay en nuestra reja una nube de flores, un tesoro de preciosos perfumes... venid, venid, madre mia, esta ofrenda es á vos, á vos que sois este año la camarera de la Virgen.

La señora de Palmerolles, que como todas las mujeres se gozaba en quedar airoso en sus comisiones, experimentó un placer indecible al pensar que podria ofrecer á la Virgen tan preciosas flores, y acogió con cierta vanidad pueril la idea de que al menos por aquel día el presente no era á la niña sino á la madre.

Además, desde el incidente de la reja, la señora de Palmerolles guardaba todas las llaves debajo de su almohada; el amante nocturno vivia tan solo de suspiros y barcarolas; la madre estaba en cierto modo tranquila, porque aquel amor, si existia alguno, no pasaba de ser un amor platónico, y la señora de Palmerolles no temia mas que el amor material.

La madre y la hija estaban locas de alegría contemplando aquellas sartas de rosas de Bengala, aquellas macetas de mosquetas azules y amapolas de escarlata, aquellos hacecillos de trébol, de hinojo, y de laurel. Allí habia todo un jardín, un tesoro como habia dicho Laura en su alegría.

Mariana y Domingo antiguos esclavos de Palmerolles, cargaron dos grandes canastos de preciosas flores y emprendieron la marcha para Chateau-fort, seguidos de sus ñamos que se apresuraron á subir en la volantá á fin de llegar á tiempo para la comunión.

Cuando Laura llegó las esclavas la aguardaban ya vestidas de gala, distinguiéndose entre ellas la jóven carmelita que ocupó en la iglesia el lado de su jóven protectora.

En tanto que se celebraba la misa, la señora de Palmerolles colocaba ufana en el altar de



la Virgen sus perfumados ramilletes, adornaba de flores los ángulos de la mesa y cubría de hojas de rosas, de laurel y de azahar los asientos, la escalera y el suelo del comedor y la capilla, tapizados de arena roja.

Al volver de la iglesia, las negras obtuvieron la honra de sentarse con sus amos á la mesa, cubierta de tazas de chocolate, jarrones de leche y grandes platos dorados de *mamones* (1) entrelazados con ramilletes de flores.

Después del almuerzo las negras se despojaron de sus trages de iglesia poniéndose vestidos de colores fuertes y adornándose la cabeza con moños de color de fuego. María de Jesus se quedó con su traje de carmelita.

María Antonia estaba que no cabía en sí de gozo; así como la Palmerolles y la Bonmarché eran las encargadas del altar, la nodriza era la única que disponía el refresco para los numerosos convidados, vestida con un grotesco traje de batista de mil colores extravagantes, con el cuello y los brazos desnudos y adornados de collares y brazaletes, de cuentas de cristal, iba y venia sin cesar disponiendo las aguas-lojas que colocaba en grandes jarrones puestos en hilera á lo largo de la galería del comedor.

Entre los paseos por el jardín, los cánticos de las negras y los preludios de la música que habian traído de la Habana, llegó la hora del rosario y todos los convidados se dirigieron á la sala.

Formaban la comitiva los amos de la casa, la Bonmarché, la familia de Palmerolles, alguno que otro plantador de las cercanías, y luego en segundo término, los esclavos de la casa que se agolpaban á la puerta de la sala y llenaban las galerías iluminadas con farolitos y vasos de mil colores.

La sala tapizada toda de blanco ostentaba en su cabecera una especie de montecillo formado de ramas de laurel y plantas aromáticas, en cuya cumbre brillaba bajo rico dosel de púrpura con flecos de oro, un cuadro de la Virgen de los Dolores, de gran tamaño y notable por sus colores fuertes y recargados. En la parte interior del dosel ondeaban las lindísimas cortinas de gasa de plata, legadas por Magdalena.

Desde el monte hasta el piso de la salita se extendía una lindísima gradería cubierta de talco de plata, en la que brillaban las porcelanas del Japon, las copas de cristal con sus macetas de verde trigo que habian crecido en aquellos quince días con una profusion admirable, los variados ramilletes de flores y los

pebeteros esmaltados que elevaban su aromada nube hasta los piés de la madre del dolor.

Al pié de la gradería se extendía una pequeña alfombra de menuda arena bordada con hojas de flores naturales, con cenefas de polvo de café, de añil y de cochinilla, en cuyo centro brillaban los grandes tazones de china con sus clavos y su corona de encendida alegría que se alzaba sobre la arenilla de la siembra como una vegetación de coral, hermoso remedo de la roja sangre del Salvador. La alfombra de arena estaba guarnecida por una sarta de encendidas amapolas, entre las que se alzaban numerosas banderillas de panales de oro y plata.

Del techo pendía una preciosa lámpara de cristal de colores que inundaba de blanca luz todo el salon, en cuyas paredes reverberaban tambien numerosas cornucopias doradas.

Colocada Magdalena al piano entonó un precioso himno á la Virgen acompañada por la orquesta, cantóse en seguida el rosario desentonadamente como suele acontecer en tales casos; solfeóse la salve en coros aterradores y finalizando los músicos con una tremenda marcha real, volvió la comitiva al comedor en donde se sirvieron en plateadas jícaras y preciosos vasos de cristal de colores las horchatas, la chía, el tamarindo y todas las aguas-lojas conocidas en el continente americano, pues Silvina de Chateau-fort, pródiga hasta el despilfarro, era la que por conducto de Magdalena disponía todos los años la fiesta de la Virgen.

El comedor ofrecía aquella noche un aspecto magnífico; la mesa ovalada, inmensa, estaba cubierta de porcelanas doradas, de cristales de colores, de ramos de flores, donde lucian confundidos en elegante desorden las rosas de Bengala, la peonía y la pitalaya, y por todas partes torrentes de luz, nubes de aromas, reflejos de oro y plata; por todas partes el grito de alegría de los esclavos que tenían su óbolo en el festin, y danzaban en las galerías, olvidándose por un momento de su amarga servidumbre.

La orquesta que habia entrado por fin en buen camino, tocó durante la comida preciosísimos trozos de música que llevaban el sello dulce, patético y misterioso de la originalidad indiana.

Chateau-fort estaba encantado, sentado al lado de la Bonmarché, que cubierta de joyas parecía la verdadera señora de la casa, hasta se habia olvidado de su dolor del hígado, para fijar toda su atención en aquellas notas que le arrebatában y seducían, transportándole á un mundo desconocido.

(1) Una crema exquisita recargada de perfumes.



Al lado de la Bonmarché estaba mas hermosa que nunca Silvina, envuelta en su ancha túnica de raso blanco bordado de plata, y adornada la cabeza de grana y oro, estasiada ante aquellos sonidos que halagaban su pereza, sumiéndola en un dulce arrobamiento. Luego Laura, con su sencilla túnica de blanca muselina, con sus cabellos negros entrelazados con flores naturales, con su fisonomía trigueña y espiritual, de la que se destacaban dos ojos negros que derramaban luz á torrentes.

Después de los demás convidados y haciendo frente á los señores de la casa estaban los Palmerolles con sus esclavos á la espalda vestidos de gala; detrás del asiento de Laura, María de Jesus, detrás de Silvina María Antonia. También en pie y con el honroso nombre de coperos, que eran siempre los mas apreciados de sus señores, estaban á la espalda de Chateau-fort y la Bonmarché, Zafiro y el gigante de la Luisiana, vestidos de blanco como los mulatos.

Los esclavos de que hemos hecho mencion, permanecian inmóviles al pié de sus señores hasta la conclusion del banquete; los coperos corrian la mesa en todas direcciones, ayudando á los demás encargados de servir el refresco, y volviendo siempre á colocarse rigurosamente en su puesto.

En medio de su arrobamiento y cuando creia estar escuchando las armonías del paraíso, Chateau-fort sintió un estremecimiento como si un insecto le hubiese rodeado el cuello. Sorprendido por aquella sensacion estraña, echó maquinalmente la cabeza hácia atrás y dió un ligero grito, que hizo cesar la música llamando la atención de todos los concurrentes.

Los coperos acudieron al instante.

—No es nada, se apresuró á decir el plantador sin poder explicarse la causa de su extraño malestar; suplico á los señores músicos que continúen.... ¡era tan hermoso ese canto!

Chateau-fort se sonrió y pareció escuchar con el mismo placer; los músicos volvieron á seguir sus interrumpidas danzas, ejecutadas con notable maestría.

A pesar de las protestas de Chateau-fort, aquel incidente bastó para nublár la alegría de la funcion; Magdalena inquieta y recelosa no apartaba los ojos de su señor, en cuyo semblante le parecia vislumbrar un nuevo sufrimiento. Silvina aunque displicente, no estaba por eso mas tranquila que la Bonmarché; y los Palmerolles, verdaderos amigos del plantador, no prestaban ya atención alguna al canto ni á la música; habia en fin un resfria-

miento notable en los convidados, y la funcion concluyó antes de la media noche, sin que nadie manifestase deseos de prolongarla como en los años anteriores.

Antes de retirarse Chateau-fort abrazó á Laura y á su hija con su habitual sonrisa, estrechando tiernamente la mano de la Bonmarché que apenas podia ocultar su emocion.

Magdalena notó que la mano ardia y que el rostro del plantador estaba encendido como la grana.

Una vez en su cuarto Chateau-fort se arrancó su corbata con la violencia del que lleva una víbora enroscada al cuello, pero el fuego que le abrasaba seguia implacable agarrado á su garganta como un reptil de mil piés. Entonces irritado, jadeante, espoleado por aquel padecimiento inesplicable, llamó al esclavo de la Luisiana para que le desnudase y se tendió en su lecho acosado por mil presentimientos á cual mas siniestros.

En los pocos momentos en que consiguió al fin cerrar los ojos, el plantador soñó con puñales y ataúdes, despertándose loco y delirante, y pugnando por arrancarse el sudario, en el que ya creia estar envuelto.

#### IV.

##### VENGANZA.

"The death-bell thrice was heard to ring,  
An aerial voice was heard to call:  
And thrice the raven flapped his wing  
Around the towers of Cumnor-Hall."

*Mickle.*

Al dia siguiente los mejores médicos de la Habana vinieron á ocupar su puesto á la cabecera del enfermo.

Presa de un delirio constante, Chateau-fort no podia dar razon alguna acerca de su repentina enfermedad, pues todos los médicos convinieron en que aquella terrible dolencia nada tenia que ver con la enfermedad crónica que padecia el enfermo hacia ya tantos años.

Chateau-fort luchaba en su delirio con un reptil que le habia hecho en el cuello una terrible picadura. Y en efecto, su cuello hinchado, sus ojos inyectados de sangre y el fuego que devoraba sus venas, hacian sospechar que la insistencia del enfermo tuviese algun viso de verdad.

Los médicos sin embargo, guardaban en sus pronósticos una reserva casi siempre terrible, y ante aquel silencio que ahogaba toda esperanza, sintió la desgraciada familia desfallecer su ánimo, entreviendo el funesto desenlace de aquel drama misterioso.



En vano Palmerolles interrogaba con sus incesantes preguntas á los doctores, en vano la Bonmarché se arrastraba á sus piés, demandándoles una esperanza que no podían concederle. Seguros de la imposibilidad de salvarle, se encerraron en un silencio cada vez mas sombrío, empleando sin embargo cuantos medios creyeron á propósito, para atacar en lo posible un mal que segun decían, les era completamente desconocido.

La Bonmarché, bien fuese cariño ó interés, estaba casi loca; lloraba, se retorció los brazos y pasaba las noches y los dias á la cabecera del enfermo.

Silvina inconsolable, pero con un dolor mas sereno, habia hecho trasladar su butaca junto al lecho de su padre.

El dolor real, el dolor del corazon agradecido que es sin duda alguna el mayor de los dolores, era el de la familia de Palmerolles.

Abandonando inmediatamente su casa para trasladarse á Chateau-fort, Palmerolles se puso al frente de los negocios, su esposa se encargó del gobierno de la casa, y Laura constituida en enfermera se colocó al pié del lecho, prodigando al enfermo todos los cuidados, todos los consuelos que puede dar la mas celosa hermana de la caridad.

—¿Y es posible, exclamaba Palmerolles con acento sombrío, que no podreis adivinar esta enfermedad terrible?

—La ciencia nada uos dice acerca de ella, pero una dolorosa experiencia nos ha demostrado siempre que es incurable; respondió el médico de la casa realmente conmovido.

—Ah! si estuviéramos en Barcelona! murmuraba la señora de Palmerolles cruzando las manos.

—Si Dios ha contado las horas, respondia Laura con amarga tristeza, vanos son los esfuerzos de la ciencia, madre mia.

Palmerolles dejó caer su cabeza sobre el pecho saliendo del gabinete á paso lento.

El médico lo siguió.

—Es decir que no hay esperanza? volvió á preguntar Palmerolles luego que estuvieron solos.

El médico movió tristemente la cabeza.

El catalan soltó una imprecacion terrible.

—Escuchad, le dijo el médico deteniéndole; ya sabeis cuanto aprecio á esta familia desgraciada.... podeis ponerlos desde luego al frente de los intereses de esa pobre niña, porque es muy probable que el enfermo no recobre ya la razon.

Palmerolles se estremeció: la idea de encargarse por sí mismo de aquella gran fortuna,

repugnaba á su probidad, que tal vez no tenia igual sobre la tierra.

—Bien, dijo despues de algunos momentos de silencio: venid conmigo; vos sereis algun dia ante Dios mi único testigo.... ¿Pero estais seguro de que nada podrá decirnos antes de morir?

—Casi seguro. Al delirio seguirá la postracion estúpida.... luego.... la muerte.... salva sea la voluntad de Dios.

Palmerolles condujo al médico al despacho, abrió en su presencia todas las arcas, todos los armarios, todos los cajones del pupitre; luego recogió las llaves y volvió á mirar al médico como quien vacilaba todavía.

El médico le estrechó la mano cordialmente.

—Ya veis que obro impulsado por la necesidad, volvió á decir el catalan: ¿será esta la voluntad de Dios?

—Vos debeis proteccion á esa pobre niña que ambos hemos visto nacer; repuso el médico conmovido al ver tal probidad en un hombre que apenas tenia lo necesario para subsistir.

—Sea! dijo al fin Palmerolles guardando las llaves: yo respondo ante Dios de los intereses de la.... huérfana.

Y una lágrima triste rodó por sus tostadas mejillas.

Aquella era la mejor prueba de sentimiento que podia dar el honrado cajero: solo recordaba haber llorado de alegría contemplando á su hija: el dolor no habia conseguido jamás humedecer sus ojos.

Palmerolles iba y venia sin cesar á la habitacion del enfermo, de la que salia cada vez desesperanzado: al delirio iba sucediendo una postracion indiferente y estúpida, segun habia pronosticado el médico, que á su ruego consintió en quedarse en casa hasta que pasara el peligro.

El cajero se sentó al pupitre, y apoyando la cabeza entre sus manos se quedó sumido en una meditacion profunda.

Palmerolles sufría entonces una tortura inesplicable. Sus ojos negros lanzaban en derredor miradas sombrías que infundian pavor: su frente contraída, sus labios fuertemente apretados, revelaban un dolor nuevo, un padecimiento superior á su organizacion de bronce.

El cajero acababa de perder con Chateau-fort todas sus esperanzas para el porvenir. Muerto el plantador ¿quién socorrería un dia á su infeliz familia?

¡Ah! él estaba seguro de que Chateau-fort que debía á su integridad una buena parte de su fortuna, no hubiera abandonado nunca á su esposa ni á su hija en caso de que la muerte ó



una enfermedad incurable la privase de su principal apoyo.

Pero y la perezosa? ¿Qué podría esperar Palmerolles de aquel corazón frío, de aquella alma sin energía, que vería tranquila arder el ingenio sin levantarse siquiera de su butaca.

El cajero se estremeció: aquella reflexión le helaba la sangre en las venas, y sin embargo ni siquiera se le ocurría la idea de que iba á ser el único, el dueño de tantos intereses. Su corazón despedazado hubiera retrocedido con espanto ante el pensamiento de distraer un solo escudo de la huérfana para subvenir á sus mayores necesidades.

Entonces se esforzó en recordar que siempre había disfrutado una salud perfecta, pero aquella tranquilidad ficticia duró muy poco. Afectado por una pesadilla horrible le parecía que sus huesos se estremecían, se doblaban y se clavaban en el bufete de una manera espantosa.

Entonces huyendo de sí mismo volvió al lado del enfermo que perdía terreno por momentos. Postrado como un cadáver, devorado por una fiebre que le abrasaba las entrañas, Chateau-fort espiró á los ocho días de su enfermedad, sin que todos los auxilios de la ciencia fuesen suficientes para hacerle recobrar un momento la razón.

Los extremos de dolor de Magdalena rayaban en locura; Silvina estaba inmóvil como una estatua; aterrada con la idea de verse dueña del ingenio, solo consintió en volver á sus habitaciones con la condición de que su antigua aya pasaría á habitar su mismo cuarto para no separarse de ella jamás.

Aquella palabra reanimaba el valor de Magdalena que temía que Chateau-fort hubiese arrastrado á la tumba su buena estrella. Trémula, llorosa, realmente agradecida á la generosa proposición de su pupila, se lanzó en sus brazos, prodigándola los nombres mas tiernos.

Los Palmerolles tristes, callados, derramando amargas lágrimas de verdadero sentimiento, prodigaban á Silvina toda clase de consuelo y temblaban agitados por un vago presentimiento.

Palmerolles puso entonces en manos de la huérfana las llaves de las arcas que Silvina rehusó con horror, y su esposa se arrojó con Laura al lado del cadáver, que velaron devotamente toda la noche.

Chateau-fort había muerto víctima de un veneno vegetal conocido solo entre los negros, y cuya planta crece en las colinas de la costa de Africa.

En una de las vueltas que daba al rededor de la mesa del festín, Zafiro frotó ligeramente

JULIO.

la parte inferior del cuello de la camisa del plantador con una hoja de aquella misteriosa planta, y su jugo mortífero introducido sutilmente por los poros, bastó para secar en él las fuentes de la vida.

Al día siguiente, cuando Palmerolles en su calidad de administrador del ingenio pasó recuento á sus negros, faltaba un esclavo.

Zafiro había desaparecido durante la noche.

María de Jesus que lloraba sencillamente la muerte de su señor, redobló su llanto al oír de boca de Palmerolles, la para ella inesplicable desaparición de su amante.

En el mismo día Silvina ordenaba á todas sus esclavas que reconociesen como señora de la residencia, á su ama de gobierno Magdalena de Bonmarché.

FIN DE LA TERCERA PARTE

## DE CONTRA PEREZA DILIGENCIA.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

### A MI AMIGO DON N... L...

El corazón que triste y apenado  
Llora los desengaños de la vida,  
Sin ilusiones ya, la fé perdida,  
Del mundo y de sus pompas retirado;

El corazón que el cáliz ha apurado  
En cuyo fondo el sufrimiento anida,  
Que el dulce tiempo de la infancia olvida,  
Y no puede llorar porque ha llorado;

Ay! ese corazón halla consuelo  
En la amistad que el tuyo le profesa,  
Vuelvo con ella la mirada al cielo,

Y creo del Señor en la promesa:  
Que es la dulce amistad un bien fecundo  
Que pudiera volver la dicha al mundo!

ELOISA GATTEBLEDE DE SANTA COLOMA.

### TOROS EN EL PUERTO.

Los ciegos corren las calles de Cádiz gritando con estentórea voz: *Toros en el Puerto!*

Al oírla, el zapatero suspende la lezna, el oficial de sastre la aguja, el barbero la navaja, y levantando sus cabezas, repiten con placentera faz: *Toros en el Puerto!*

55



Y es que el Puerto es una poblacion especial para esto de toros. Su fama es histórica. En ninguna parte las corridas tienen tanta animacion como allí. ¿En qué consiste?

En que aquel pueblo posee una situacion central y una facilidad de comunicaciones tal que le hacen mas cómodo que otro alguno para atraerse la concurrencia de los aficionados de Cádiz, de Jerez, de Sanlúcar, de Puerto Real, de Rota, y hasta de la misma Sevilla. Consiste además en que aquella plaza solo puede llenarse con los forasteros que allí acuden, y sabido es que el que de su casa sale para ver toros, en el hecho de salir de ella ya se comprende que es porque está animado.

Nosotros tambien fuimos allí, porque cuando no hay algo que lo impida acostumbremos á estar en todas partes. De nuestras peripecias participaron muchos; por tanto, al referir nuestra historia de estos dias referimos la historia de una buena porcion de los que fueron tambien á los toros.

Era la víspera de S. Juan. A las seis de la tarde estaba anunciado el último tren, y como cuadraba mal la marea no habia vapor directo hasta las siete y media.

Con antelacion bastante estábamos en el muelle frente á la ventanilla del despacho de los trenes. Quinientas personas se apiñaban allí, se codeaban, se empujaban. Era preciso, para alcanzar billete, el colar por el ojo de una aguja, que poco mas grande es el espacio que queda entre la ventanilla y la mesa que está frontera. De en medio de aquel caos salian ahogados gritos; cada callo pisado producía un berrido, cada magullamiento de costilla una interjeccion enérgica, y sobre todo castiza.

A todo esto sonaban los fatales repiques, y ya sudando á caños corrimos empujados y empujando por el largo muelle de madera, que oscilaba bajo nuestros piés. Tocamos á su término, pero para presenciar un espectáculo desconsolador. El vapor no podia contener ya un grano de arena. Aprensados como sardinas iban allí los pasajeros, y por orden de la autoridad competente se quitó la plancha, disponiendo que el barco, despues de alijar su viviente carga en el Trocadero, volviese á recoger á los muchísimos que no habiamos cabido en el primer viage.

La resignacion es una virtud forzosa, y mas en España que en otra parte alguna. Habria razon de sobra para quejarnos de que se hubiesen vendido tres veces mas billetes de las personas que en el vapor cabian, puesto que desde aquí hasta el Trocadero no era cosa de irse nadando. Habria razon para estrañar que no se hu-

biera hecho salir el otro vapor de la compañía; en suma, habria razon para lamentarse del mal servicio que se observa de algun tiempo acá en cuanto atañe á esta empresa; pero como ni nuestras quejas ni nuestras lamentaciones hubieran servido de nada ni entonces ni ahora, tomamos la heroica resolucíon de esperar, sentados sobre unos troncos de madera, la deseada vuelta del acuático vehículo.

Allí con la mano en la megilla, á guisa de nuestro Padre Jesus de la Humildad y Paciencia, pasamos al sol una hora larga, al cabo de la cual pisamos el vapor, objeto de nuestro anhelo.

Este nos condujo á la estacion, y en ella encontramos á algunos pasajeros del primer viage, que separados de sus familias y de sus equipages los aguardaban con impaciente recelo y con natural cuidado.

Habiamos cambiado de lugar, pero no de fortuna. Al desembarcar supimos con dolor que era preciso esperar á que el tren llegase á Jerez, y dejados sus respectivos pasages volviese á recogerlos, lo cual era cuestion de cosa de tres cuartos de hora sobre los ya perdidos. Vuelta á sentarnos con la mano en la megilla, hasta que escuchamos el áspero silbo de la locomotora, que á nuestros oidos sonó como pudiera la dulce voz de la Malibran. Con tanta delicia lo escuchamos en aquel momento.

La noche habia cerrado. Entró en la lóbrega estacion la esperada máquina vomitando fuego y humo á modo de los dragones infernales de las comedias de magia. Montaba aquella un tiznado fogonero, que á la rogiza luz de los encendidos carbones semejava al Luzbel del nacimiento de la Tia Norica. Ocupamos á tientas los coches, y á eso de las nueve tomamos tierra en la estacion de la Victoria. En carreta habriamos llegado mas pronto.

Para tratar de olvidar nuestras desventuras nos fuimos directamente al teatro, que estaba bello como una ninfa y coqueto como una linda muchacha. Allí una concurrencia escogidísima aplaudia á la Imperial, á Santes y á Fábregas, y los aplaudia con razon. Siempre se oye con benevolencia á artistas que no tienen la pretension de juzgarse eminentes á sí propios.

El teatro del Puerto está alumbrado habitualmente con igual claridad y hermosura que pudiera un salon de baile, lo cual depende de la buena distribucion de las luces y de la acertada eleccion en el color de los fondos. En nuestro Principal no se ven las manos muchas noches, y eso que tiene gas. En el ferrocarril se tardan tres horas para ir de aquí al Puerto. Está visto: los que en otras partes



son adelantos del siglo aquí se españolizan á términos de que no los conoce su propio inventor. Los faluchos andan mas que los vapores, los burros mas que los trenes, los reverberos de gas alumbran menos que los candelas, y esperamos llegue dia en que se reciba una noticia por la mensageria antes que por el telégrafo eléctrico.

Pero ya que hablamos del teatro diremos algo de las decoraciones. Todas ellas son de mucho gusto, especialmente el telon de boca. El Sr. Coli es un artista de genio y cuyo colorido es brillante. Cuando cuide mas de la perspectiva, cosa bien fácil, pues es hija del estudio y no del talento, será todo un buen profesor en el difícil género que ya con tan buen éxito cultiva.

Pero sigamos nuestra historia.

La víspera de S. Juan hubo velada en la plaza del Castillo, la cual se adornó con un sencillo pero gracioso templete octógono iluminado por vasos y faroles de colores.

No hay que decir que hubo música hasta una hora muy avanzada de la noche.

Llegó el dia de la primera corrida y una concurrencia inmensa hermosecaba desde por la mañana las alegres calles de aquella linda poblacion. La plaza estaba completamente llena y el golpe de vista que ofrecia era magnífico. Sonaron los clarines, la cuadrilla hizo su entrada y su saludo entre vítores y palmo-teos, y á poco salió rebufando á la arena el primer toro, ó como dicen los inteligentes el primer bicho.

Aquí debemos callar los profanos para dar lugar á que hable la ciencia, que ya ha hablado en efecto para analizar pelo á pelo y suerte á suerte las de aquella tarde y las siguientes. Nosotros, que no sabemos hilar tan delgado en punto á cornadas, solo vimos muchos caballos despanzurrados, muchos batacazos, con el mas venial de los cuales tendria cualquiera que no fuese picador para tres meses de cama y para tres docenas de vizmas y emplastos, y muchas estocadas que no sabemos si fueron á volapié, recibiendo, de mete y saca ó á paso de banderilla. Esas filigranas del arte no hemos aprendido aun á apreciarlas, y no estamos ya en edad de principiar á aprenderlas.

Concluidas las corridas los vapores y los trenes devolvieron á sus respectivas casas á los forasteros, donde permanecen hasta que los ciegos vuelvan á gritar por las calles: *Toros en el Puerto!*

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## MODAS DE PARIS.

El calor que experimentamos es insoportable, y si estuviésemos aun en el tiempo en que todo se escomulgaba, hasta á los insectos, no me sorprenderia que se hiciese como hacia cierto pueblo de la antigüedad, los *atlantes*, los cuales, incomodados por el escesivo ardor del sol, pagaban todas las mañanas un sacerdote para escomulgarlo; anatema al que el rey de los astros se mostraba poco sensible, segun es de presumir, y que no le hacia disminuir en un solo grado la intensidad de sus ardientes rayos.

Ahora bien, volviendo á ese sol espléndido que dora nuestras cosechas y hace brotar la vid, debo decir que, gracias á él, los trages tienen un aspecto hechicero. Ninguna tela parece demasiado diáfana, demasiado ligera, y quisieran envolverse en una red, con la condicion de no dejar en ella su libertad como los peces.

Las telas de seda ceden por tanto el puesto á los jaconás, muselinas estampadas, piqué ingleses, gazas y bareges.

Los piqué ingleses están mas de moda que nunca para negligés de ciudad y vestidos de campo. Nada se encuentra de tan buen gusto.

Los encages se llevan con profusion, todos los objetos de ropa blanca se adornan con ellos. Se emplean para batas de casadas, y en forma de velillos negros ó blancos, porque estos últimos han vuelto á estar en favor. En fin, entran por la ley de la moda en todos los equipos de algun esmero.

Los trages que se han de llevar á los baños son casi todos muy elegantes. Mme. Loviot, que ha inventado este invierno los vestidos sin costuras, me enseñó ayer algunas cosas que os voy á describir.

Un traje de tafetan malva con doble falda escocesa. El corpiño es redondo y abierto por arriba. Encima se colocan unos paños cruzados, con flequillo escocés por las orillas. Las mangas se componen de un pequeño buche y de dos guarniciones con los mismos flequillos.

Otro de muselina blanca con volantes bordados. Tenia tres de ellos. El último arrancaba del talle. Sobre el monillo, que era abierto como el anterior, tenia una linda pañoleta de picos cruzados, y cuya guarnicion armonizaba con los volantes.

Se emplean muchas cintas en los prendidos de baile de verano.

La forma de los sombreros está ahora bien



fija; pero nada varía tanto como sus adornos, los cuales dependen del capricho ó del gusto de quien los hace. En este punto cada modista tiene su género particular. Véanse los sombreros de Mme. Alejandrina! Se parecen á otros? Ciertamente que nó. Tienen una gracia perfecta, un sello de distincion que les es propio, y que nadie puede imitar exactamente.

Hé aquí algunos modelos que he visto en su casa.

Un sombrero Antonieta de paja belga. Sobre el ala y al rededor de la copa caen espigas negras y maiz. Un encage negro y una blonda blanca rodean el ala, que es casi tan ancha por delante como por detrás. El fondo es de tul negro de lunares. Las cintas con que se ata son azul de Prusia. Bajo el ala hay tambien copetes de cinta azul y de cinta color de paja.

Otro sombrero de tafetan lila y tul blanco. Sobre el fondo adornos de paja, cubiertos con una redecilla de felpilla.

Bajo el ala nudo y cocas de cintas. Debajo, á la izquierda, algunas flores de rosál silvestre blanco.

El género de calzados tiene necesidad de determinarse tambien por la moda.

Para calzado de paseo, borceguí de cabritilla de color, con tacon Luis XV y abotonado á un lado.

Para baile campestre zapato de cabritilla con adorno de cinta de tafetan del mismo color.

Para suaré en que se baile, zapato de raso turco negro ó borceguí de seda del color del traje.

MME. JULIETTE LORMEAU.

## ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

### PRIMER FIGURIN.

Vestido de glasé rosa con buches de tul de ilusion, cogidos caprichosamente con nudos pequeños de cinta rosa sin cabos: monillo escotado de cotilla con peto rodeado de una blonda: mangas abiertas con otra segunda de tul á buches con el mismo adorno de nudos rosa. Pulseras de diamantes. Adorno de cabeza, nudos de cinta verde y hojas largas del mismo color. Guantes blancos con dos botones. Abanico de fantasía de moiré antique

con un país y guirnalda de rosas marchitas. Zapatos de moiré antique con nudo de blonda.

### SEGUNDO FIGURIN.

*Vestido para casa.*—Trage de popelina inglesa á cuadros azules y blancos, dejando ver por la abertura que forma delantal, una enagua bordada y pequeñas alforzas; á los lados; anchas tiras de terciopelo negro con grandes botones de lo mismo: estas tiras continúan en forma de tirantes uniéndose detrás. Mangas muy anchas tableadas en la pegadura, rodeadas de terciopelo negro y forradas de tafetan blanco. Cuello y mangas de encage blanco. Cofia de punto de Inglaterra, adornada de cinta á cuadros del mismo color del vestido. Chinelas de piel doradas y forradas de moiré antique con rizado de cinta azul á la antigua por todo su alrededor.

## ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

### CHAQUETA PARA NIÑO DE 5 AÑOS.

- N. 1 Delantero: los pliegues están indicados y siguen la forma del cuerpo.
- 2 Costado.
- 3 Mitad de la espalda.
- 4 Id. de la manga, á la que se le forma un pliegue á la altura de la sangría del brazo.
- 5 Conjunto de la chaqueta, la cual se hace de glasé negro, teniendo por todo adorno botones de terciopelo sobre las costuras: esta prenda es siempre elegante y la mas á propósito para las niñas.

### MONILLO CON FALDETAS Á LO LUIS XV PARA NIÑO DE 6 Á 7 AÑOS.

- 6 Mitad del delantero que se corta doble para que no tenga costura.
- 7 Espalda.
- 8 Berta formando dobles tirantes.
- 9 Mitad de la faldeta.
- 10 Id. de la manga.
- 11 Id. de la bota.
- 12 Conjunto del monillo: este puede hacerse de piqué blanco con pequeño labrado, de popelina ó de seda. El adorno se compone de un fleco con



agremanes de pasamanería ó un pequeño galon puesto por cima.

Para armar tanto la chaqueta como el monillo no hay que hacer mas que unir las letras respectivas que están indicadas en los moldes.

- 13 Babadero: al pasado y feston sobre piqué.
- 14 Esquina de pañuelo con la inicial R.: al pasado y punto de escala.
- 15 Id. id. L.: al pasado.
- 16 Salpicado para buches de mangas &c.: al pasado.
- 17 Valentina: al pasado.
- 18 L. V. P.: id.
- 19 A. C.: id.
- 20 H. V.: id.
- 21 C. M.: id. y punto de escala.
- 22 A. J. K.: id. id.
- 23 B. L.: id.
- 24 C. H. enlazadas: al pasado.
- 25 O. L.: id.
- 26 R. P.: id.
- 27 Eugenia: id.
- 28 M. V.: id.
- 29 Julia: al pasado ó feston.
- 30 Clemente: id. id.
- 31 Z. A.: id.
- 32 G. B.: id. feston y lunares.
- 33 A. D.: id.
- 34 B. D.: id.
- 35 A. M. ligadas: id.
- 36 Z. G.: id.
- 37 C. D. ligadas: id.
- 38 H. R. id. id.
- 39 Antonieta, Lola y Josefina: id.
- 40 L. T. M. ligadas: id.
- 41 Enriqueta Batlles: id.
- 42 Carolina Batlles: id.
- 43 Angela Batlles: id.

Blusa para niño de 7 á 8 años: puede hacerse de cualquier tela de lana color claro, adornada por delante con dos tiras de terciopelo negro y cerrada de arriba abajo por una hilera de botones de terciopelo ó acero: la bota se figura con otra tira de terciopelo del mismo ancho y otra hilera de botones por dentro: cinturón de terciopelo.

- N. 1 Delantero.  
2 Espalda.

3 Manga.

- 4 Pañuelo: al pasado y punto de armas.
- 5 Guarnicion: feston.
- 6 Esquina de pañuelo con las iniciales Z. S.: al pasado.
- 7 Embutido: al pasado y ojetes.
- 8 Esquina de pañuelo con las iniciales B. L. ligadas: al pasado.
- 9 y 10 Cuello y mangas: bordado ligero.
- 11 Esquina de pañuelo, María: id. y al pasado.
- 12 J. B.: al pasado.
- 13 Elisa: id.
- 14 R. V.: id.
- 15 S. F.: id.
- 16 A. C.: id.
- 17 Ana: id.
- 18 P. L.: id.
- 19 J. R.: id.
- 20 E. G.: id.
- 21 B. A.: id.
- 22 J. D.: id.
- 23 Embutido: id. feston y punto de rosa.
- 24 A. M. ligadas: al pasado.
- 25 Clara: id.
- 26 Isabel: id.
- 27 Victoria: id.
- 28 y 29 Cuello y mangas: al pasado y feston.
- 30 Pañuelo, al pasado: entre cada guirnalda, punto de escala y se guarnece con un encaje Valenciennes.
- 31 Guarnicion: al pasado.
- 32 id.: id. y bordado ligero.
- 33 id.: id.
- 34 id.: id.
- 35 id.: bordado inglés ó feston.
- 36 Esquina de pañuelo con las iniciales A. D. ligadas: al pasado y punto de pluma.
- 37 Id. id. P. L. id.: al pasado.
- 38 Adelaida Fernandez y Cid: id.
- 39 Luisa Cardenal y Guerrero: id.
- 40 E. P.: al pasado.
- 41 D. S.: id.
- 42 F. S.: id.
- 43 P. S.: id.
- 44 C. G.: id.



## LA CASA DE ROCAFORTE.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.<sup>A</sup> FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

Pendiente de un colgador habia una capa, en cuya larga esclavina se veian cosidas unas cuantas conchas de peregrino; en otro lado un sombrero, y sobre la mesa, que estaba delante de ella varios objetos, entre los cuales figuraban un santo escapulario, un pequeño crucifijo de plata y otras varias imágenes y reliquias. Finalmente, en un rincon de la pequeña estancia podia descubrirse un bordon y una larga barba postiza, con la cual solia cubrirse el rostro la infeliz mujer que se habia condenado voluntariamente á engalanarse con aquel triste atavío.

Aquella mujer era Casilda.

Su tio el cura Navarro estaba allí junto á ella contemplando los estragos que dos años de sempiterna lucha y hondos padecimientos, habian causado tanto en la parte moral como en la parte física de la jóven, que ya no parecia la misma.

—Animo! hija mia, dijo al fin tomando asiento á su lado. Llegó la hora solemne y en breve tus penas habrán desaparecido. Ahora es necesario que al separarte del mundo, hagas el último sacrificio....

—El último, sí; pero tambien el mas terrible, repuso la jóven sollozando.

—Es cierto; mas ya nada debe ligarte á la tierra, y esa pobre Herminia no debe pagar tus extravíos....

—Jimeno no la ama....

—Pero ella se muere por él, y él seria feliz siendo su esposo.

—Está bien, haré cuanto me sea posible. Así como así yo amaba á los dos con toda mi alma!

—Y continuas amándolo ¿no es verdad?

—No me lo preguntéis; llevo dos años mortales separada de Jimeno, y en vano he querido sofocar los impulsos de este corazón rebelde que solo palpita por él. Hoy mismo.... ¡ah! esto es horrible!.... hoy mismo quiere su memoria arrebatarme la memoria de Dios que es mi única esperanza!....

—Ahí tienes los efectos de una desesperacion imprudente. La noche que llegaste á mi casa de Rocaforte sabes que te aconsejé como

cumplia á mi cariño, y á la santidad de mi ministerio. ¡Pobre Casilda mia! Te entregaste á la desesperacion, no diste oídos á la humildad y resignacion cristianas, y tuve que avenirme á todo hasta el punto de verme obligado á favorecer tus fatales proyectos. ¿Qué habia de hacer, decidida como estabas á morir ó á ser la esposa de Dios? Yo no podia interceptarte este último camino; pero temia que tu vocacion no fuese decidida y además los medios....

—Teneis razon, tio mio, los medios eran violentos; pero ¡ay! ¿Sabeis la tenacidad de mi padre...? ¿Sabeis que por fuerza me hubiera llevado al altar exigiendo de mí un juramento que hubiera sido en mis labios una blasfemia, una verdadera profanacion? Yo no podia ser esposa de mi primo Gonzalo, mi corazón, mis afectos, mi alma entera pertenecian á Jimeno.... Por eso os demandé auxilio....

—Sí, despues de haberte despedido de tu padre que lloró mucho....!

—No me habéis de eso, no me lo recordéis....

—Quiero recordártelo para infundirte valor. El creyó que habias muerto....

—Y no ha sido así efectivamente?... ¿Sabeis lo penoso que ha sido para mí estar viendo cien y cien veces al hombre amado sin poder arrojarme á sus brazos y decirle: yo vivo, soy tu esposa, y vengo á labrar tu dicha? ¿Queréis mas valor y mas resignacion?

—Quiero que cumplas tu propósito.

—Cuál?

—El de inclinarle á que se case con Herminia.

—Pues bien, lo haré y Dios me lo tendrá en cuenta; voy á hundir hasta la empuñadura el puñal que hace tiempo llevo clavado en el corazón. ¿Decís que será dichoso con Herminia?

—Los dos serán felices, hija mia.

—En ese caso no seré yo quien se oponga, exclamó Casilda cada vez mas exaltada. Herminia fué siempre mi mejor amiga, Herminia vertió lágrimas cuando se me creyó muerta y mi sacrificio debe ser completo; que sea su esposa, que se amen....

Casilda no pudo proseguir porque el dolor destrozaba su pecho y comprimía su garganta, interin sus ojos vertian un mar de lágrimas. Luego se fué serenando poco á poco y dijo con dulcísimo acento:

—Teneis razon: sería demasiado egoismo exigir que esa pobre y delicada niña sufriese las consecuencias de mis desgracias; yo debo consagrarme á la oracion y al recogimiento; olvidar á Jimeno y echarme en los brazos del

Señor.

—A abrazá frente.

Med

su cuan

profund

mores

toda la

estrema

á desca

que su

fiebre n

sér. E

en su a

mas co

cura, d

Jime

que su

batalla

á fuerz

consum

ban á s

diéndos

Hermin

padece

en los

sado, y

do, hub

vidand

fuerzo!

ba á su

morir a

ella mu

amor e

Jime

sus ojo

surosar

momen

estingu

levanta

inunda

—M

quiera.

Al le

hizo re

habia u

móvil y

—¡C

de terr

—N

bra, co

mente.

do el c

que co

seas di

—Y

meno p



Señor. Cúmplase su soberana voluntad.

—Así te quiero, hija mia, dijo el sacerdote abrazándola y estampando un beso en su frente.

Media hora despues se hallaba Jimeno en su cuarto sumergido en el mayor silencio y profunda soledad, que apenas turbaban los rumores lejanos de la orquesta. Habia estado toda la noche al lado del virey, cuando ya en extremo fatigado pidió permiso para retirarse á descansar. Al entrar en su cuarto sentia que su cabeza se iba desvaneciendo, y que la fiebre mas intensa se apoderaba de todo su sér. Entonces hizo un esfuerzo y penetrando en su alcoba, tocó ligeramente en el tabique; mas como nadie contestase—Duerme mi buen cura, dijo, y se sentó en un sillón.

Jimeno tenia mucho en que pensar para que su imaginacion y su espíritu dejaran de batallar un solo momento. Estaba enfermo á fuerza de sostener una lucha terrible que le consumia, y sin embargo las ideas se agolpaban á su mente en espantoso desórden, sucediéndose las unas á las otras. Pensaba en Herminia, cuyo amor le era conocido, y cuyos padecimientos le llegaban al alma; pensaba en los beneficios que el virey le habia dispensado, y acordándose del plazo que iba espirando, hubiera querido mostrarle su gratitud olvidando para siempre á Casilda. ¡Inútil esfuerzo! La imagen de esta mujer se presentaba á su vista, y el infeliz se sentia dispuesto á morir antes que á poder olvidarla. ¿No habia ella muerto por él? ¿No se habian jurado amor eterno y eterna fidelidad...?

Jimeno sintió un vértigo terrible y cerró sus ojos al notar que la habitacion giraba presurosamente en torno suyo. Despues de un momento oyó el chisporroteo de la luz que iba estinguéndose, y haciendo un esfuerzo para levantarse, trató de enjugar el sudor frio que inundaba su frente.

—Me acostaré, dijo, y sea lo que Dios quiera.

Al levantarse, un movimiento de terror le hizo retroceder. En un ángulo de la estancia habia una mujer vestida de blanco, pálida, inmóvil y en una actitud imponente.

—¡Casilda! gritó el desgraciado jóven lleno de terror.

—No soy Casilda, no soy mas que su sombra, contestó la que así lo parecia efectivamente. Tu amada no existe y está cumpliendo el castigo que Dios la impuso por el crimen que cometió; castigo que no cesará hasta que seas dichoso en los brazos de Herminia.

—Yo deliro! imposible! imposible! decia Jimeno procurando sacudir su espanto y acer-

carse á la vision; pero esta añadió con acento casi sepulcral:—No des un paso Jimeno; las sombras no se tocan.... porque desaparecen al instante.

Jimeno volvió á caer en su asiento y dijo con voz apagada.

—No te alejes. Si eres realmente la sombra de la mujer querida, déjame que muera contemplándote. Si estoy loco no permitas que torne á mí la razon.

—Es imposible que vuelvas á verme; pero escucha mi ruego. Es preciso que esta noche te resuelvas á ser esposo de Herminia para que todos seais felices y Casilda pueda obtener la salvacion de su alma. Júralo, Jimeno, júralo!

—Te lo juro, dijo el jóven casi desvanecido.

En aquel momento la luz moribunda osciló por última vez como haciendo un esfuerzo postrero, y la estancia se iluminó completamente.

—Eres Casilda! ¡Casilda de mi alma! gritó el jóven recobrando sus fuerzas. Oh! déjame que te toque; tú vives, tú existes para mí!

Diciendo esto se adelantó hácia ella con los brazos abiertos, y la luz espiró. Jimeno quedó envuelto en profundas tinieblas, y la vision habia desaparecido.

Jimeno creia escuchar aun estas palabras:

„Las sombras no se tocan!“

—Era una sombra, dijo, y cayó desmayado.

## X.

Al amanecer de un hermoso dia de otoño, poco tiempo despues de los sucesos anteriormente referidos, veíanse en un anchuroso patio del palacio, cinco caballos lujosamente enjaezados; dos de ellos para Elena y su jóven esposo, que habian suspendido su viage proyectado, y los otros tres para el cura Navarro, Herminia y Jimeno. Todas estas personas debian salir dentro de pocos momentos en direccion á Rocaforte, lugar donde iba á verificarse la boda de los dos últimos.

Jimeno iba á cumplir su juramento.

Herminia habia mostrado tímidamente el deseo de hallar su felicidad en la misma casa donde perdió la paz de su corazon. El cura Navarro descaba desposarlos en su feligresía y el virey accedió desde luego, aun que no le era posible concurrir á un acto que le era en extremo satisfactorio.

La cabalgata emprendió su viage alejándose de los muros de Pamplona. Jimeno caminaba silencioso y meditabundo, aunque á veces se esforzase por ostentar una alegría que estaba muy léjos de sentir y dirijiese de cuan-



do en cuando alguna que otra palabra cariñosa á su jóven prometida, la cual contestaba con dulzura y tristeza, pareciéndole que aun no poscía por entero el corazon del que iba á ser su marido. Creyendo, pues, que este se sacrificaba uniéndose con ella por deber y no por amor, casi hubiera querido retroceder en aquellos mismos instantes en que iba á ver realizados sus mas ardientes deseos. Elena y su esposo caminaban delante, departiendo en alegre plática con el cura, y Jimeno y Herminia detrás á una corta distancia, ambos preocupados y mas tristes de lo que era regular.

Faltaba una media hora escasa para llegar á Rocaforte, cuando el sol velado hasta entonces por algunas nubes, apareció brillante, dejando caer á plomo sobre nuestros viajeros sus rayos abrasadores. Entonces Jimeno se dirigió á su tierna compañera y la dijo:

—¿Tienes calor, Herminia?

—Lo hace en efecto, contestó ella; pero puedo sufrirlo sin trabajo alguno. Ya estamos muy cerca.

Jimeno adelantó su caballo y dirigiéndose á Elena que ya se resguardaba bajo un elegante quitasol, tomó otro que aquella llevaba consigo y volvió á ponerlo en manos de Herminia.

—Gracias, dijo esta: siento que os hayais molestado.

—Veo con sentimiento, observó el jóven, que estais demasiado respetuosa, lo cual siento de todo corazon, toda vez que hoy debo ser vuestro esposo.

—Lo sé demasiado, Jimeno, y tambien sé que haceis un sacrificio.

(Se continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

Sr. Don J. G. y M.: *Ciudad-Rodrigo*.—Suscrito hasta fin de Setiembre.

Sr. Don A. L.: *Barca-rola*.—Id.

Sr. Don B. R. M.: *Lorca*.—Id.

Sra. D<sup>a</sup> E. C.: *Sevilla*.—Id.

Sr. Don E. B.: *Sevilla*.—Id. hasta fin de Agosto.

Sra. de B.: *Toledo*.—Suscrita hasta fin de Agosto. Los números de Junio se le remitieron el 27 del mismo.

Sr. Don R. M. de V.: *Baeza*.—Suscrito hasta fin de Diciembre.

Sr. Don J. F. y T.: *Noalejos*.—El día 2 se le remitió el número que reclamaba.

Sr. Don F. B.: *Zafra*.—Suscrito hasta fin de Setiembre. Las obras que pidió se pusieron en el correo el 2 del corriente; su importe 8 rvn.

Sr. Don A. C.: *Almería*.—Suscrito por dos ejemplares hasta fin de Setiembre.

Sr. Don J. S.: *Puerto de Santa María*.—Se han

recibido los sellos para renovar la suscripcion de D<sup>a</sup> M. S. de *Cabra*.

**SUMARIO.**—*El cardenal Jimenez de Cisneros, estudios históricos*, por D. José Amador de los Rios. *Artículo II.*—*Album de mis recuerdos*, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Nuevo manual de señoritas.*—*Las madres, poesía* por D. Antonio de Trueba.—*El labrador, poesía* por D. Antonio de Trueba.—*Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*A mi amigo D. N. L., soneto*, por Doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—*Toros en el Puerto*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Modas de Paris.*—*Esplicacion del figurin de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados.*—*La casa de Rocaforte. Novela original* por Doña Felicitas Asin de Carrillo.—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

**LAMINAS.**—*Figurin de modas de señora.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*Dibujo de tapiceria en colores.*—*Crochet para dibujo de Colcha.*

## Solucion del geroglífico anterior.

*Para animal fiero un marido sin dinero.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

